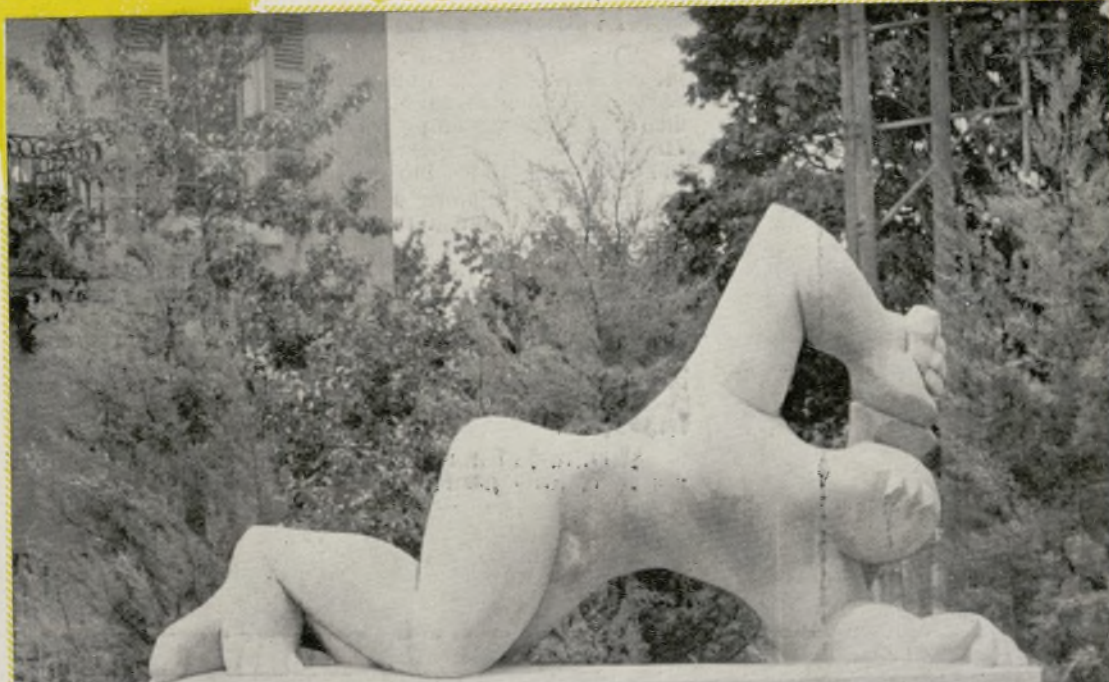


CENIT

sociología
ciencia - literatura

Sumario



AUX ESPAGNOLS MORTS POUR LA LIBERTE

DANS LES RANGS DE L'ARMÉE FRANÇAISE

DE LA RESISTANCE

1940 - 1945

José Parais: La síntesis Ni-
chail - Einstein - Nettlau. —
Kropotkin a Huxley. —
Preguntas y respuestas. —
J. M.: Panorama interna-
cional. — H. D. Taormina: La
ambición. — P. Car-
rol V.: El sentimiento de-
mocrático español. — Felip:
Alaiz: Don Herminio, el ca-
zador cazado. — Selección
de V. Muñoz: Altos estu-
dios de Victor Hugo. — Li-
berio Sarrau: Bajo relieve
del viejo Mari. — Campio
Carpio: Volvamos a la tie-
rra. Cosme Paules: ¿De la
discusión sale la luz? —
Alfredo Nagnet: Malthusia-
nismo, neo-malthusianismo
y socialismo. — Una opi-
nión de Eduardo Herriot: Si-
empre ha sido así. — Con-
rado Lizcano: Razón y pa-
sión. — Polémica sobre Dios
y Patria. — Microcultura.
Max Nettlau: Breve histo-
ria de la anarquía (folletón
encontrable)

JUNIO 1959 **102**

REVISTA MENSUAL

PRECIO 100 FR.

Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

En la coqueta ciudad de Annecy se eleva el monumento que reproducimos dedicado a los españoles de la Resistencia en Francia, muertos en lucha contra el fascismo internacional volcado sobre territorio galo en 1939.

En él se honora a todos los combatientes de la libertad, pero principalmente, a los que participaron en la sangrienta batalla de los Alpes, que constituyó el primer signo de decadencia de las fuerzas hitlerianas en Francia.

Una cosa importa retener y recordar por nuestra parte : que los españoles mencionados en el monumento de Annecy no aguantaron a encontrarse en Francia para combatir al mismo enemigo. El combate empezó en España el año 1936, cuando las fuerzas de Hitler en la persona de Franco y de sus generales declararon la guerra al pueblo español.

Hoy, esos mismos generales sonríen a las naciones solicitando una plaza como defensores de la libertad. A este paso, aún se verán ir a postrarse y a saludar a los que por su culpa murieron.

Todo es posible, porque, ni a ellos les falta cinismo para hacerlo ni a la humanidad le sobra conciencia para permitirlo. Sólo podrá impedirlo un mal de corazón que se los lleve o un rayo que los parta. A no ser que, gracias a la perseverancia de unos pocos se consiga un despertar universal, digno, decididamente manumisor, consciente, que haga de cada rayo un medio de energía cósmica utilitaria y de cada general un obrero honrado y respetuoso.

Mientras, el monumento de Annecy es un testimonio de valor y « yo acuso » permanente.

CÉNIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borraz, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaiz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre 300 frs. Semestre, 550 frs. Anual, 1.100 frs. — Exterior: Semestre, 600 frs. Anual, 1.200 frs.

Número suelto: 100 francos.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

CENITT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año IX

Toulouse, Junio 1959

Nº 102

La síntesis Nicolai - Einstein - Nettlau

CUANDO el profesor Nicolai afirmaba la evidente disparidad entre el progreso técnico y el estancamiento social; cuando Einstein cargaba a cuenta del maquinismo la crisis palpable de individualidades de nuestra época; cuando Nettlau nos hablaba de la necesidad del acceso universal a las comunicaciones, se hacían tres valiosas aportaciones a la solución de los problemas de nuestro siglo.

Pero una época como la nuestra, tan pródiga en el deporte del monopolio — monopolio económico y monopolio político — es incapaz de dar su asentimiento a voces más o menos aisladas, sobre todo si no cuentan estas opiniones con el respaldo de una disciplina de partido.

En materia de crítica anticapitalista, las cosas se han puesto de tal forma que salir por los fueros del socialismo integral al margen de los textos sagrados y de la anquilosada disciplina, constituye un atrevimiento lindante con la herejía.

Frente al capitalismo clásico no son admisibles más barricadas que los sacos terreros del marxismo dialéctico. La santa devoción de capitalistas ortodoxos y de anticapitalistas dialécticos al mito de la redención por la máquina, constituye un dogma. Reparar siquiera en él implica una blasfemia, una flaqueza desdeñable y una convicción vacilante en la ungida virtuosidad finalista puesta a recaudo de portentosos exégetas.

El pensamiento de Nicolai es anticapitalista sin dialéctica. Expresa la imposibilidad de aprovechar todas las ventajas del plan industrial sin un reajuste de todas las expresiones del conjunto social bajo forma idónea y congruente. Su choque con el sacerdocio dialéctico refleja su escepticismo a considerar siquiera esa promesa providencial del proceso socialista a grandes plazos, aguinaldo en las navidades del fordismo.

En este aspecto, Nicolai es mucho más exigente — revolucionario diríamos — que Lenin. Se resiste a llegar al socialismo por la senda espinosa del proceso de proletarianización y por el camino de cabras de la concentración del capital. No cree en la garantía revolucionaria del desempleo y del pauperismo. No le cautiva la lucha de clases bajo iniciativa de las hueses esqueléticas del proletariado, de un proletariado muerto de hambre.

Lenin y Nicolai son acordes en considerar que la máquina conlleva al socialismo. ¿Como finalidad? He ahí el quid de la divergencia. Para el primero, la máquina es un comprimido sintético y autosuficiente. Para el segundo, el proceso industrial tiene que ser inseparable del proceso social. El industrialismo, autónomo o separatista, desincronizado con el proceso general de las actividades de la vida humana, no conduce a más puerto que a la crisis negativa, a la competencia de mercados y a la

carrera armamentista con vistas a la conquista comercial: a la hecatombe de la guerra imperialista abierta o disminuida bajo tópicos de diversión, democráticos o comunistas. Todos los movimientos del conjunto social deben corresponderse económica, cultural y políticamente.

La interpretación automática de la historia y el dogma fatalista de las leyes económicas indignan, también, a Einstein.

Una de las causas de la epidemia totalitaria es el adocenamiento de las multitudes. El hombre quedó tan maravillado ante su portentosa inventiva, que quedó convertido en una máquina. Máquina de mandar o máquina de obedecer; máquina de matar y carne de matadero.

La máquina ha venido a robarnos la iniciativa, a hacer y pensar por nosotros. Los grandes Estados mecanizados tienden a la eliminación física y espiritual de los ciudadanos. La despersonalización produce la crisis individualista. La ausencia de individualidades produce un clima apropiado para el fermento de mentalidades dóciles a los manejos y arbitrariedades a menos que el ser humano logre recobrar sus atributos, zafándose de los engranajes del maquinismo industrial y político.

Max Nettlau definió nuestro mundo como una cárcel celular. La población de nuestros Estados supercivilizados, vive aislada en compartimentos estancos. Las grandes vías de comunicaciones se detienen y quiebran al pie de las fronteras y aguas jurisdiccionales. Los pueblos crecen y se desarrollan oprimidos en el molde de la nacionalidad. A las necesidades de expansión económica y comercial corresponden medidas rigurosas de proteccionismo. A las necesidades de fraternidad corresponden leyes y fronteras de todos los tipos. El cultivo deliberado de xenofobias hace que los pueblos no salgan de sus chiqueros si no es para despedazarse mutuamente bajo órdenes terminantes de los Estados. Existe una desproporción entre el progreso de las comunicaciones — aviación, telegrafía, radio — y ese encasillamiento bovino en el corral nacionalista.

El ritmo de la diplomacia de post-guerra tiende a redundar en el principio de la política de parcelamiento. Los organismos internacionales pasan por encima de los problemas esenciales. Las juntas de seguridad se hallan imbuidas de espíritu militarista. Las cuestiones de fondo son arrumbadas para dar prioridad al torneo de los intereses laterales. La situación no tiene remedio sin una profunda reacción humana. Esta reacción debe producirse en el hombre, en el individuo. La aparición de individualidades independientes (tesis de Einstein) capaces de sobreponerse a todas las limitaciones del espacio y del tiempo (tesis de Nettlau) pueden realizar el sueño de Nicolai de renacimiento de la armonía sobre la ruina de los sistemas arbitrarios.

JOSE PEIRATS

KROPOTKIN

a HUXLEY

El profesor Huxley, famoso darwinista, acababa de dar una conferencia en la Universidad de Oxford. Conferencia ilustre que asombró a todos sus amigos por las afirmaciones que hizo y porque les demostró contrariamente a Darwin, que lo natural en el hombre es la maldad y que la moralidad no tiene origen natural en el hombre. Esto ocurría a principios del año 1888. En febrero del mismo año fué publicada en la «Nineteenth Century» causando sorpresa general, sorpresa que avivó la curiosidad del mundo intelectual en cuanto se corrió la noticia que Pedro Kropotkin preparaba otra, a modo de respuesta, sobre el origen natural de la moralidad.

En efecto, ésta, no menos brillante que la de Huxley, tuvo lugar poco después en la Fraternidad ancotana de Mánchester bajo el título «Justicia y Moralidad», repetida dos años más tarde en la Sociedad Ética Londinense.

Considerándola de un valor perenne, es el texto completo de ésta última que hoy ofrecemos a los lectores.

¡Amigos y camaradas!

Al elegir como tema la justicia y la moralidad, no tuve intención, naturalmente, de daros un sermón moral. Mi propósito es muy distinto, quisiera investigar ante vosotros cómo se comienza ahora a explicar el desenvolvimiento de los conceptos éticos de la humanidad, sus orígenes verdaderos, su crecimiento paulatino y señalaros lo que puede ser de utilidad para su evolución.

Tal investigación es particularmente necesaria ahora. Vosotros mismos sentís que vivimos en una época que exige algo nuevo en la estructura de las relaciones sociales. La evolución rápida, tanto industrial como espiritual, que han experimentado los pueblos civilizados en los últimos años, hace impostergable la solución de importantes problemas.

Se siente la necesidad de asentar la vida sobre una base más justa. Y cuando madura tal necesidad en la sociedad se puede considerar como una regla que será inevitable investigar de nuevo los conceptos fundamentales de la moralidad.

Esto no puede ser de otro modo, porque el orden social que existe actualmente —sus instituciones, sus costumbres y sus usos— apoya sus propios conceptos de moralidad en la sociedad. Todo cambio esencial de las relaciones de las distintas capas sociales, está ligado a una modificación esencial de los conceptos éticos vigentes.

Considerad la vida de los pueblos que viven en diversos grados de cultura. Tomad por ejemplo la vida de los actuales pueblos nómadas: los mongoles, tunguses, y aquéllos que nosotros llamamos «salvajes». Entre ellos es una vergüenza matar una oveja y comer su carne sin invitar a participar en la comida a todos los habitantes de la colonia. Conozco esto por experiencia propia recogida en los viajes por las apartadas comarcas de Siberia, por la cordillera de Sayansk. O tomad los salvajes mas pobres de Africa del sur, los hotentotes. Aun hace muy poco era tenido entre ellos por un crimen el que alguno comenzase en el bosque su comida sin gritar tres veces:

«¿Hay tal vez alguno aquí que quiera compartir conmigo mi comida?». Hasta entre los salvajes más inferiores de la Patagonia halló Darwin el siguiente rasgo: la más mínima cantidad de alimento que les daba era repartida de inmediato entre todos los presentes. Más aún, en el Africa septentrional y central existe la costumbre, como una ley, que si un nómada rehusa a un caminante posada y éste sucumbe a consecuencia del frío o del hambre, la descendencia del muerto tiene derecho a perseguir al que ha negado la posada como a un asesino y a exigir de él una especie de expiación, como es usual en los casos de asesinato.

Tales y otros conceptos de moralidad se han formado en los pueblos primitivos. Entre nosotros esas costumbres han desaparecido desde que empezamos a vivir en «Estados». En nuestras ciudades y aldeas los agentes de policía tienen el deber de recibir al transeunte sin asilo y de llevarlo a la comisaria, a la prisión o a la casa del trabajo en caso de que el pobre esté amenazado de helarse en la calle. Cada uno de nosotros tiene derecho naturalmente a recibir un caminante; la ley no prohíbe, pero ninguno se considera «comprometido» a hacerlo. Y si así en una oscura noche de invierno muere en las calles de Ancota de hambre o de frío un transeunte sin hogar, no se le ocurriría a sus parientes acusaros de asesinato. Más aún, puede suceder que el caminante no posea familia, lo que es imposible en la naturaleza de la tribu, pues toda la descendencia es una familia.

No quiero hacer aquí ninguna comparación entre la tribu y el Estado. Sólo deseo señalar que los conceptos morales del hombre se modifican de acuerdo al orden social en que vive. El orden social de un pueblo en una época determinada está asociado estrechamente a la moral dominante.

Por consiguiente es inevitable siempre, cuando se desarrolla la necesidad de modificar las relaciones entre los hombres de una sociedad, que surja una viva discusión sobre los problemas genésicos de la moral. Y en realidad

sería extremadamente irreflexivo hablar de una transformación de un orden social sin pensar simultáneamente en la transformación de los puntos de vista sobre la moral imperante.

Propiamente los problemas de naturaleza ética constituyen el fundamento de todas nuestras discusiones sobre asuntos políticos y económicos. Tomemos por ejemplo un sabio economista que juzga el comunismo. (*) En la sociedad comunista — dice — ninguno trabajará porque ninguno se sentirá amenazado por el hambre. «¿Por qué no? — contesta el comunista — ¿no comprenderán los hombres que si cesaran de trabajar se produciría un hambre general? Todo dependerá del comunismo que se quiera introducir». Y en realidad, pensad cuánto comunismo ha sido establecido en la vida de las ciudades de Europa y en los Estados Unidos en forma de empedrado de las calles, iluminación, escuelas municipales, tranvías eléctricos, etc.

Ved, pues, cómo un problema puramente económico debe llevar a una consideración de la naturaleza ética del hombre. El problema es por tanto: ¿Es capaz el hombre de vivir en la sociedad comunista? Del dominio de la economía el problema es trasladado al dominio de la moralidad.

O tomad dos jefes políticos que se entretienen sobre una innovación cualquiera de la vida social, por ejemplo, sobre la doctrina de los anarquistas o de la transición de un Estado de la autocracia a la constitución democrática.

«Le prevengo — dice la defensor del poder absolutista — que comenzarán todos a robar en cuanto falte el brazo fuerte que mantenga el freno». — «Por consiguiente, responde el otro, ¿se convertiría usted en un ladrón sin el miedo a la cárcel?» Con esto el problema de la forma política de la sociedad se convierte también en un problema sobre el efecto de las instituciones dadas sobre la faz moral del hombre.

En la última época han aparecido no pocos trabajos sobre este problema extremadamente importante. Pero sólo quiero detenerme en uno de ellos, en la conferencia pronunciada hace poco por el famoso profesor Huxley en la Universidad de Oxford sobre el tema: «Evolución y moralidad». Se puede aprender mucho en ella, pues Huxley ha investigado hondamente en su lección el problema del origen de la moralidad (1). La conferencia de Huxley fué recibida por la prensa como una especie de manifiesto de los darwinianos y como un resumen científico de los fundamentos de la moralidad y de su origen, — un problema que ha ocupado a casi todos los pensadores desde la vieja Grecia a nuestros días.

*Entonces no se conocía aún la superchería bolchevique. (N.D.L.R.)

(1) Poco después de haber sido pronunciada la conferencia fué publicada en la revista «Nineteenth Century» y unos meses más tarde, en el mismo año, apareció como folleto, completada con largas anotaciones. Esta conferencia está también en el libro de Huxley «Collected

La conferencia recibió una importancia especial, no porque exprese la opinión del famoso sabio y del más importante exponente de la teoría darwiniana de la evolución, ni por el hecho de que fué pronunciada en una forma literaria tan perfecta que puede ser señalada como uno de los más hermosos trozos de la prosa inglesa, — la importancia especial de esa conferencia consiste en que desgraciadamente exterioriza los pensamientos más difundidos en las clases instruidas de la época, de tal modo que puede ser considerada como la profesión de fe de la mayoría de esas clases.

El pensamiento director de Huxley, al que se refirió siempre en su conferencia, fué el siguiente: Hay en el mundo dos especies de fenómenos, acontecen dos procesos: el proceso cósmico de la naturaleza y el ético, es decir, el proceso moral que no se expresa más que en el hombre y sólo en un cierto estado de su desenvolvimiento.



«... los problemas de naturaleza ética constituyen el fundamento de todas nuestras discusiones...»
PEDRO KROPOTKIN

«El proceso cósmico» — esto es, la vida de la naturaleza, de los muertos y de los vivos, inclusive las plantas, animales y hombres. Este proceso, afirmó Huxley, no es otra cosa que una lucha sangrienta con dientes y garras. Es la lucha desesperada por la existencia, que rechaza todos los factores éticos. «El padecimiento es el destino de la familia entera de los seres provistos de sensaciones — «constituyen la parte esencial del proceso cósmico». Los métodos del tigre y del mono en la lucha por la existencia, son los puros signos característicos de ese proceso. Hasta para la humanidad se han constituido «como los medios de lucha más apropiados la afirmación de sí mismo, la apropiación inescrupulosa de todo lo que se pudo apropiarse — lo cual forma la quintaesencia de la lucha por la existencia».

La enseñanza que recibimos de la naturaleza es por consiguiente «la enseñanza de la maldad orgánica.»

La naturaleza no puede ser calificada de amoral, es decir, no se puede sostener que no conoce ninguna posición moral o respuesta a la interrogación moral. Es declaradamente inmoral. «La naturaleza cósmica no es de ningún modo una escuela de moralidad» (página 27 de la primera edición de la conferencia como folleto). Por consiguiente no se pueden crear de ninguna manera indicaciones de «que lo que llamamos bueno es preferido a lo que llamamos malo» (pág. 31). «La realización de lo que parece mejor desde el punto de vista ético, de lo que llamamos bueno y virtuoso nos obliga a un modo de obrar que bajo todo aspecto es opuesto al modo de obrar que lleva la victoria en la lucha cósmica por la existencia» (pág. 33). Esta es, según Huxley, la única enseñanza que el hombre puede deducir de la vida de la naturaleza.

Essays», donde tiene una larga introducción y también en sus ensayos «Ethical and Political», en la edición barata de Mac Millan, aparecida en 1903. En ruso apareció la conferencia en 1893 en la revista «Ruskaya Mysl», pero sin las anotaciones mencionadas.

Pero repentinamente, apenas se han unido los seres humanos en comunidades organizadas, aparece en ellos de una manera desconocida un «proceso ético», que sin duda alguna se opone a todo lo que la naturaleza le ha enseñado. El objeto de ese proceso no es el mantenimiento de todos aquéllos que se han adaptado más a las condiciones dadas, sino el mantenimiento de aquéllos «que son mejores desde el punto de vista ético» (página 33). Este nuevo proceso de procedencia desconocida, pero que en todo caso no nace de la naturaleza, comienza a obrar mediante leyes y costumbres (pág. 35). Es protegido por nuestra civilización y de él se desarrolla nuestra moralidad.

Pero ¿qué es lo que ha dado nacimiento a ese proceso?

No habría ninguna contestación a esa pregunta, aunque quisiéramos sostener con Hobbes (2) que los conceptos morales del hombre han sido aportados por los legisladores, pues Huxley afirma precisamente que los legisladores no podrían sacar observaciones de la naturaleza: un proceso ético no existe ni en la sociedad animal prehumana ni entre los salvajes. De lo que se sigue, — si Huxley tiene razón —, que el proceso ético en el hombre no podría tener de ningún modo un origen natural. Como única aclaración posible de su aparición quedaría, pues, un origen sobrenatural. Si los hábitos morales, — benevolencia, amistad, apoyo mutuo, la represión personal de los estallidos de las pasiones y la abnegación, — no pudieran desarrollarse de ninguna manera en el período pre humano o en las formas de los rebaños humanos primitivos, su origen no puede ser otro que sobrenatural, una inspiración divina.

Esta conclusión de un darwinista, el naturalista Huxley, sorprendió a todos los que lo conocían como agnóstico, es decir, como un incrédulo. Pero la conclusión final era inevitable. Al afirmar Huxley que el hombre no podría crear bajo ninguna circunstancia de la vida de la naturaleza la doctrina de la moralidad, no quedaba otro remedio que reconocer el origen sobrenatural de la moral. Por eso publicó George Mewar, un católico respetuoso y al mismo tiempo un naturalista conocido, poco después de la aparición de la conferencia de Huxley, un artículo en el «Nineteenth Century», con el título: «La conversión de Huxley», en el que congratuló al autor por su vuelta a las doctrinas de la iglesia.

Mewar razona con perfecta lógica. Una de dos: O bien Huxley tiene razón al sostener que no existe en la naturaleza un proceso ético, o bien Darwin, que en su segundo trabajo fundamental «El Origen del Hombre» afirma con Bacon y con Augusto Comte que en los rebaños de animales, a consecuencia de esa vida de rebaños, el instinto de la comunidad se desarrolla tan fuertemente y se vuelve tan poderoso y decisivo que triunfa hasta sobre el instinto de la propia conservación (3).

(2) Hobbes es un pensador inglés de tendencia extremadamente conservadora que comenzó a escribir poco después de la revolución inglesa de 1634-43.

(3) Como instinto se califican las costumbres que arraigan tanto en la sangre y en la carne que se heredan en los hombres y en los animales. Así los polluelos comienzan, tan pronto como salen del huevo, aunque no hayan sido empollados por el calor de la gallina, a escarbar con las patitas la tierra, exactamente como la gallina adulta.

Y puesto que Darwin demostró con Shaftesbury (4), que ese instinto es exactamente tan fuerte en el hombre primitivo, sólo que se desarrolló más y más por la tradición, es claro que, si esa concepción es justa, el origen moral en el hombre no puede ser otro que la evolución del instinto de la sociabilidad, propio a todos los seres vivos y que es observado en toda la naturaleza viviente.

En los hombres ese instinto se ha desarrollado más y más con la evolución de la razón, de la experiencia y de las costumbres correspondientes. La capacidad del lenguaje y más tarde el desarrollo de la escritura ayudaron mucho al hombre a recoger experiencias vitales y a desarrollar cada vez más los hábitos de la ayuda mutua y de la solidaridad, es decir, la dependencia recíproca de todos los miembros de la sociedad. De este modo es comprensible, antes de que nazca la conciencia humana del deber, la conciencia del deber, a la que Kant dedicó tan magníficas líneas, pero sobre la cual no pudo dar ninguna explicación moral en tantos años de investigaciones.

Así declaró Darwin, un hombre tan versado en las leyes naturales, el sentimiento del deber. Pero ciertamente cuando se juzga la vida de los animales de acuerdo a los ejemplares del Jardín Zoológico y se cierran los ojos ante la vida efectiva de la naturaleza y se quiere describir según nuestras oscuras concepciones, entonces sólo queda realmente una salida: investigación de los sentimientos morales en algún misterioso poder.

En esta situación se ha colocado Huxley mismo. Pero — cuán raro es esto también — unas semanas después de haber dado su conferencia, cuando la hizo aparecer como folleto, la completó con una serie de anotaciones, con las que contradijo por completo uno de los pensamientos principales de su conferencia: el de los «procesos».

¿Cómo llegó Huxley a semejante complementación, que contradice por completo los pensamientos esenciales de lo que predicó poco antes? — No lo sabemos. Se puede suponer solamente que lo hizo bajo el influjo de su amigo, el profesor Romanes de Oxford que, como se sabe, preparaba en esa época material para su trabajo sobre la moralidad en los animales y bajo cuya dirección pronunció Huxley su conferencia en la Universidad. Puede ser que también otro de sus amigos haya ejercido ese influjo en él. Pero no quiero investigar los motivos de un cambio tan palpable. Tal vez lo hagan los biógrafos del profesor Huxley.

Para nosotros sólo importa lo siguiente: para todo el que se ocupa seriamente del problema de los orígenes de la moralidad en la naturaleza debe ser claro que los animales que viven en rebaño son obligados por la naturaleza a adoptar ciertos instintos, es decir, hábitos hereditarios de carácter moral.

Sin tales hábitos no sería posible la vida de las comunidades. Por eso encontramos en las comunidades de pájaros y de animales superiores de sangre caliente (y en especial las hormigas, avispas, abejas, que están a la cabeza de la clase de los insectos) los primeros rudimentos de conceptos morales. Encontramos en ellas el hábito de vivir en sociedades, que es para ellas una necesi-

(4) Un pensador inglés que escribió sobre la esencia de la moralidad; nació en 1671 y murió en 1713.

dad y una costumbre : no hacer a los otros lo que no quieres que se te haga. Vemos allí con frecuencia el autosacrificio en pro de los intereses de la sociedad.

Si un joven papagayo lleva del nido de otros una ramita, se lanzan los demás sobre él en bandada. Si en la primavera ocupa una golondrina en nuestros países después de su regreso de Africa un nido que no le perteneció en años anteriores, es arrojada de ese nido por las otras golondrinas de la comarca. Cuando una bandada de pelicanos penetra en el radio de pesca de otra bandada, es expulsada, etc. Hechos idénticos, que fueron examinados ya en el siglo pasado por los fundadores de la zoología y confirmados después también por muchos observadores modernos, son innumerables. Sólo son desconocidos a aquellos zoólogos que no han trabajado nunca en la naturaleza libre (5).

Se puede afirmar por consiguiente con precisión que las costumbres de la moralidad y del apoyo recíproco se desarrollaron ya en la vida animal y que el hombre primitivo conoció esos rasgos de la vida de los animales muy bien, como puede deducirse de las tradiciones y religiones de los hombres primitivos (6).

También demuestra el estudio de los pueblos primitivos existentes aún que las costumbres de la comunidad se desarrollan cada vez más en ellos. Descubrimos en ellos una serie de usos y costumbres que domestican la arbitrariedad de los individuos y determinan los fundamentos de la igualdad de derechos.

En verdad la igualdad de derechos forma la base de la economía de la tribu. Cuando alguien, por ejemplo, ha vertido la sangre de un miembro de otra familia en una riña, debe perder su sangre en igual medida. Cuando alguien ha herido a uno de su familia o de una familia extraña, uno de los parientes del herido tiene derecho a.

(5) Véase el libro «El apoyo mutuo», en el que se citan fuentes. (Pedidos a nuestro Servicio de Librería).

(6) Al problema de la adopción de las reglas éticas por los hombres primitivos del reino animal dedico algunas páginas de su artículo «Moralidad en la naturaleza», en la revista «Nineteenth Century», marzo de 1905.

mejor, debe inferirle una herida de igual tamaño al herido. La ley bíblica : Ojo por ojo, diente por diente, vida por vida, pero no más — forma la regla conservada sagradamente por todos los pueblos que viven en comunidades y familiares. Ojo por diente o una herida mortal por una superficial, contradeciría el concepto usual de la igualdad de derechos y de la justicia. Se advierte lo siguiente aún : ese concepto arraigó tan hondamente en la conciencia de los pueblos primitivos, que cuando un cazador vierte la sangre de un animal próximo a la especie humana según su idea, como por ejemplo, un oso, los parientes vierten unas gotas de sangre del cazador, aunque sólo pocas, en nombre de la justicia hacia la familia del oso. Muchas de las costumbres han quedado como supervivencias de las épocas anteriores, también en los pueblos civilizados, junto a las reglas morales altamente desarrolladas, hasta nuestros días (7). En las mismas comunidades tribales comenzaron a desarrollarse gradualmente otros conceptos. Un hombre que ha infamado a alguno, está obligado a buscar la reconciliación y sus parientes tienen el deber de intervenir como mediadores pacíficos.

(7) Ciertamente se comienzan a formar en los primeros tiempos de la fase de la tribu costumbres que les oñan a la igualdad de derechos. El adivino, el sabio, el jefe guerrero, adquieren en la tribu tal importancia que poco a poco (principalmente por sociedades secretas) forman clases. adivinos, sacerdotes, guerreros, que asumen en la comuna tribal una posición particularmente privilegiada. Después, cuando en la época en que las mujeres son apropiadas primero por el ataque y la subyugación de tribus extrañas y después por simple robo, se desarrolló una desigualdad que pasó para siempre a ciertas familias en mejor situación que otras. Pero las comunidades tribales se esforzaron y se esfuerzan aún hoy donde existen, por mitigar esa desigualdad; y vemos por ejemplo, entre los normandos, que el guía de guerra (rey) que había asesinado a un guerrero, como cualquier simple guerrero tenía que pedir disculpa a la familia del muerto y pagar su expiación usual (más detalles en el libro : «El apoyo mutuo»).

(Continuará)

DE UNOS
A OTROS

Preguntas y respuestas

Un esperantista que aprende el castellano pregunta sobre el origen de «Decíamos ayer» y sobre la persona que pronunció la frase histórica.

Respuesta: Dicha frase se dijo hace 509 años en la Universidad de Salamanca. Entonces, este templo de cultura universal era más importante que Oxford y tanto como París. A su Universidad debía Salamanca el sobrenombre de «madre de las Virtudes, de las Ciencias y de las Artes». ¡Qué provechosa sería la impresión de una historia de ese templo del saber!

Bueno pues, hace 500 años se juntaron en la Universidad de Salamanca más de 7.000 estudiantes. El profesorado, aún en período inquisitorial como aquél, se mostró insumiso cual lo fuera más tarde Unamuno. Se enseñaban las doctrinas de Copérnico a pesar de que por ellas el clero lo declaró hereje.

A la sazón enseñaba Fray Luis de León quien, encarcelado 5 años por la Inquisición, y vuelto a su puesto después de la condena, continuó la lección que suspendiera cuando fué detenido empezando con la famosa frase : « Decíamos ayer... »

PANORAMA INTERNACIONAL

La conferencia de Ginebra

Durante unas semanas —antes y después del acontecimiento— el mundo ha estado pendiente de esta famosa conferencia entre los cuatro «grandes». El resultado será, probablemente, el habitual de toda esta clase de reuniones: disponerse a celebrar otra, evitando lo mismo los occidentales que los orientales tirar en exceso de la cuerda o aflojarla en el momento en que se tiene la impresión de que se va a romper.

Por el momento, la famosa unificación de Alemania y el problema de Berlín quedarán en suspenso. Para acabar de complicar las cosas, las propias diferencias de visión de los hombres representativos de la Alemania de Bonn favorecen los planes soviéticos. Entre Adenauer y sus intransigencias y la mayor ductibilidad de Ehrhard, su posible sustituto, se juega una carta fundamental para la unidad alemana y para el porvenir de la paz en el mundo.

Lo curioso del caso es que los más interesados en reunificar Alemania no son ciertamente los alemanes, que aparecen acomodarse bastante bien del *statu quo* que les rige desde hace ya 14 años. En el fondo, Alemania ha estado y estará siempre espiritualmente unida y tanto Adenauer, como Grötevohl, como Ehrhard, lo que todos persiguen es conseguir que su país, con la ayuda del este y del oeste, salga de nuevo remozado y pujante del desastre de la guerra.

Los hechos son evidentes: hoy, después de haber sido literalmente destruida por los bombardeos, Alemania se encuentra en situación inmejorable. El standard de vida del obrero alemán es muy superior al del obrero inglés o del obrero francés. Ciudades como Hamburgo, que fueron arrasadas por la aviación, levantan orgullosamente sus construcciones modernas, rivalizando con las grandes villas de la América del Norte.

Todos, este y oeste, americanos, ingleses y rusos, han hecho cuanto estaba a su alcance para ayudar a esa resurrección de Alemania. Todos esperan que Alemania sea el dique y la fuerza de choque para posibles contiendas futuras.

Los alemanes de las dos Alemanias, perfectamente al corriente del asunto, juegan su carta, la suya, que no es ni la de los rusos, ni la de los americanos, ni la de Berlín, ni la de Bonn. Que es la carta de la eterna Alemania, con sus grandes masas laboriosas y dóciles, su capacidad creadora y su terrible espíritu racial.

Nosotros no podemos ser ni por ni contra la reunificación de Alemania; no podemos inclinarnos a favor de ninguno de los puntos de vista en pugna. Nosotros lo que podemos y debemos desear es que

el pueblo alemán haya sacado suficiente experiencia de los últimos desastres sobre él abatidos y que nunca más, ni bajo la Alemania de Adenauer ni bajo la de Grötevohl, vuelvan a vivirse los horrores de Buchenwald y de Mauthausen; que nunca más otro Hitler consiga la unidad moral de Alemania contra la paz y la seguridad del mundo.

Lo que se ha debatido en Ginebra son ásperas razones, no de paz, si no de guerra y de predominio. Lo que cabe que se resuelva es el despertar de todos los pueblos, el alemán como el ruso, el francés como el americano, contra los que les explotan y, por motivos de intereses y de imperialismos, han llevado ya el mundo a dos guerras espantosas y están preparando la tercera.

La agitación en el interior de España

Cuando estas líneas vean la luz, se habrá ya desarrollado la famosa jornada del «P» —protesta—; la huelga pacífica preconizada por diversos sectores del antifranquismo, pero, sobre todo, por la incipiente democracia cristiana.

A nosotros, cuanto se haga contra Franco, venga de donde venga, ha de interesarnos, porque ello evidencia el descontento, la inestabilidad del régimen, lo carcomido de sus cimientos. Porque ello, además, posibilitará la acción de los auténticos antifascistas, de aquellos que no son franquistas arrepentidos y que desde siempre han venido combatiendo a la dictadura hasta el sacrificio de sus libertades y de sus vidas.

Pero se nos antoja pueril el procedimiento utilizado, la forma de dar conocimiento de las intenciones, poniendo en guardia al gobierno e invitándole casi, por así decirlo, a proceder a las arrestaciones que no podían menos de producirse.

Precisa aprovechar con inteligencia la situación de descomposición interna en que se debaten Franco y sus valedores: la crisis económica va extendiéndose; se multiplican las quiebras de grandes industrias, que parecían bien apuntaladas y que sin embargo se desmoronan. La burguesía es hoy la primera que desea y necesita la sustitución de Franco.

Lo que es preciso es que el pueblo español sepa bien donde están sus intereses; que no se deje llevar por los caminos que le trillan por un lado la democracia cristiana; por el otro los comunistas, dispuestos a aliarse si es preciso con la propia Falange.

Nuestros compañeros tendrán sin duda conciencia del momento que se vive y de que, ahora como

VIDA SIN PRINCIPIOS

LA AMBICIÓN

III

A avalancha hacia California, por ejemplo, y la actitud no solamente de los mercaderes, sino de los supuestos filósofos y profetas en relación con ella, refleja la desgracia de la humanidad. ¡Cuántos son los que quieren vivir lucrando, y hacerse con todos los medios para mandar sobre el trabajo de los menos favorecidos, sin contribuir con ningún valor positivo hacia la sociedad! ¡Y a esto llaman triunfo en la vida! No conozco mayor desarrollo en la inmortalidad del comercio y en los medios comunes para ganarse el sustento. La filosofía, la poesía y la religión de esta humanidad no valen el polvo de un cuenco de lobo. El puerco que se sustenta desarraigando raíces y escarbando el suelo, se avergonzaría de semejante compañía. Si se me concediera la tan cacareada riqueza de todos los mundos con sólo levantar uno de mis dedos, no pagaría semejante precio. Hasta el mismo Mahoma sabía que Dios no bromeaba con el mundo, pues nos dice que era un gentilhomme adinerado que a manos llenas derramaba las monedas, para que la humanidad se levantara a recogerlas. Pero ésta lo entendió muy diferentemente, como ¡la rifa del mundo! ¡La subsistencia de la naturaleza algo así como para ser rifado! ¡Qué comentario irónico y qué sátira merecen nuestras instituciones! Parece que la conclusión debería ser que la humanidad no haría mal con colgarse de un árbol. ¿Y acaso los preceptos de todas las biblias han enseñado otra cosa a los hombres? ¿Y es el último y más admirable invento de la raza humana solamente el mejorado vil metal? ¿Es éste el terreno en el cual orientales y occidentales se encuentran? ¿Nos enseñó Dios cómo ganarnos el sustento, cavando donde nunca plantamos, y quiso tal vez premiarnos con pedazos de oro?

Dios dió al hombre justo un certificado concediéndole alimentos y prendas de vestir, pero el hombre injusto en contró un facsímil del mismo, en los cofres divinos, y

ayer y como siempre, los ojos de los trabajadores se están volviendo hacia la C.N.T., preguntando: ¿Qué piensa la C.N.T. de esto?

Sabemos que, en esta ocasión como en las pasadas —huelgas de los tranvías, movimientos de los estudiantes, por el abaratamiento de las subsistencias, etc., etc.— nuestros compañeros están dispuestos a actuar, mezclándose con el pueblo y orientándole en la buena dirección. ¡Ojalá que la presencia militante no falte hoy, que ella cada día sea más numerosa y que cuantos pugnan por resolver el problema de España a espaldas del pueblo, se vean una vez más desbordados por los famosos imponderables que han sido el factor determinante de las acciones insurreccionales en la historia de España!

F. M.

al apropiarse de él, obtuvo como el primero comida y vestidos. Tal cosa es uno de los más extendidos sistemas de falsificación que el mundo ha podido ver. Yo no sé por qué la humanidad sufre tanto a causa del oro. He visto un poco, sé que es maleable, pero no tanto como el entendimiento. Podrá brillar sobre una gran superficie una pepita de oro, pero nunca será tan deslumbrante como un grano de sabiduría.

El buscador de oro en los barrancos de las montañas es tan jugador y pendenciero como su compañero de las tabernas de San Francisco. ¿Qué diferencia hay entre revolver el lodo y manejar los dados? Si uno gana, la que pierde es la sociedad. El buscador de oro es un enemigo del trabajador honesto, a pesar de los cheques y compensaciones que pueda haber por medio. No basta que se me diga que hay que trabajar mucho para conseguir el oro, pues también trabajó duro el diablo. El camino de los transgresores puede ser penoso en muchos aspectos. El más humilde buscador que va a las minas auríferas, observa y dice que la búsqueda del oro es igual que la lotería; el oro que allí pueda obtenerse no es lo mismo que el producto logrado con un trabajo honesto. Pero, prácticamente olvida lo que ha visto, porque solamente ha visto los hechos y no los principios, y empieza allí su tarea, es decir, compra también un número de otra lotería, donde los hechos no son tan evidentes.

Después de haber leído un atardecer los relatos de Howitt sobre los buscadores de oro en Australia, tuve toda la noche en los ojos de mi mente, los numerosos valles con sus arroyos, todos ahuecados con pozos absurdos, profundos de unos cien pies y anchos de unos seis, tan cerca unos de otros como podían ser cavados y en parte llenos de agua — en la localidad que furiosamente los hombres invaden para probar fortuna —, sin saber que el oro está debajo de sus mismos pies, a veces cavando más de ciento sesenta pies antes de que encuentren la veta, o dejándola a un lado por sólo un pie, habiéndose vuelto verdaderos demonios para quienes nada cuentan los derechos del prójimo, en su sed de riquezas. Valles enteros de más de treinta millas han sido horadados con los hoyos de los mineros, y aunque centenares de éstos se hayan ahogado, siguen siempre los supervivientes pensando en el lodo, cubiertos de barro y arcilla, sufriendo noche y día, muriendo de enfermedades por su permanencia en tal lugar. Leído esto y habiéndolo olvidado ya, accidentalmente pensaba en mi vida tranquila, y por un momento me preguntaba por qué no habría de hacer también lo que los otros hacen; y con esta visión de los mineros de oro delante mío, me sugería el lavar también durante algunos días arenas auríferas, aunque sólo fuera de las de más finas partículas, ¿por qué, pues, no hacer yo también mi pozo y cavar en mi mina? En tal empresa para uno siempre ha de encontrarse algún Ballarat o algún Bendigo, cavar

en un taño solitario, de algún sendero no muy frecuentado, lejano, estrecho y ladeado, por donde caminar con amor y reverencia. Pero pronto se disipaba la pesadilla. Cualquier hombre que se separa de la multitud y sigue su propio camino, puede que no encuentre ni una horquilla en su marcha, mas se diferenciará de los viajeros ordinarios, que siempre hallarán sus zanjones en donde sufrir. El camino solitario del sabio a través de los destinos, es el sendero más *elevado* de todos.

Corren los hombres hacia California o hacia Australia como si el verdadero oro se encontrara en tales direcciones, y así se encaminan hacia el lado opuesto de donde la verdad se encuentra. Van averiguando cada vez más lejos en pos de lo verdadero y son más desdichados cuando se creen más felices. ¿Es que no atraviesan nuestros valles arroyos procedentes de las áureas montañas? ¿O es que desde las más remotas eras geológicas no han arrastrado dichas corrientes de agua, partículas brillantes formando pepitas de oro para nosotros? Y aun, por raro que parezca, cuando un minero de éstos roba en otra parte buscando el verdadero oro, en las soledades inexploradas que nos rodean, no corre peligro de que algún perro ladre detrás de sus huellas e intente su plantarlo. Si tal es su gusto, puede apropiarse y horadar también todo el valle, en sus partes yermas o cultivadas, viviendo en paz durante toda su vida, pues nadie habrá de disputarle sus pertenencias. Los otros no

pensarán en sus guadañas o en sus animales y no tiene por qué limitarse a una propiedad de doce pies cuadrados, como ocurre en Ballarat, sino que podrá minar en donde le parezca y lavar al mundo entero con su equipo.

Nos habla Howitt del hombre que encontró la gran pepita que pesaba veintiocho libras, en los pozos australianos de Bendigo, y nos relata: «Pronto empezó a emborracharse; luego compró un caballo, y con él iba siempre al galope. Cuando encontraba gente les preguntaba si sabían quién era él, para informarles luego amablemente que se trataba «del pobre náufrago que había encontrado la pepita». Por último fué a estrellarse alocado contra un árbol y casi se rompió la cabeza». Pienso que quizá ya no haya peligro de que tal cosa vuelva a ocurrir, al que ya ha golpeado su cabeza contra las afamadas pepitas. Añade Howitt: «Ahora es un alegre hombre que está arruinado». Pero no deja de ser uno de tantos ejemplares de su clase. Fijáos en los curiosos nombres de algunos lugares en donde tienen las minas: «Casa Juanón», «Zanjón de los Rebaños», «Taberna de los Muertos», etc. ¿Es que semejantes nombres no encierran una sátira? Dejémosles que se lleven su mal conseguida riqueza adonde quieran, pero me parece que siempre ha de ser hacia otra «Casa de Juanón», si es que no van a parar a otra «Taberna de los Muertos».

H. D. THOREAU

Tr., M. Muñoz

Vida de «CENIT»

En este número termina el folletón de Max Nettlau «Breve historia de la Anarquía». Pronto aparecerá en folleto y, estamos seguros, dicho folleto viene a prestigiar considerablemente a la ya valiosa colección de las Ediciones CENIT.

En el número próximo no se incluirá el folletón, puesto que correspondiendo al mes de julio dicho número estará dedicado totalmente a la gesta del 19 de julio de 1936.

Es incontestable la labor que para el futuro representa el esfuerzo de la revista y por eso nos place remarcarlo. La labor de esta publicación, desde luego, sólo será apreciada más tarde, cuando la memoria de los hombres, flaqueando, necesite recurrir a los textos. Esto han comprendido también muchos de nuestros lectores y por eso ayudan y la sostienen.

Como prueba diremos que en un año han enviado un donativo por valor de más de cien mil francos, de los cuales damos cuenta periódicamente.

He aquí la séptima lista:

Ciria Mendoza	420 francos
Puig, de Montalbán	250 —
Conrado Lizcano	1 000 —
Rodríguez, de Pierrefitte	505 —

Así es España

El sentimiento democrático español

En las más antiguas inscripciones del tiempo de la dominación romana en la península ibérica, ya se mencionan los «concilium». Tito Livio dice que el cónsul Catón convoca «Senators omnium civitum» de la celtiberia (los senadores de todas las ciudades). Cita también al Senado de Sagunto como distinto del «conlium» del pueblo. En una inscripción del tiempo de Claudio se ve mencionado «el senatos populus saguntinorum». Antes ya las colonias fenicias, griegas y cartaginesas tenían asambleas de esta índole. Si se mencionan al mismo tiempo reyes o príncipes, no cabe duda que el régimen de las poblaciones ibéricas y esto antes de la dominación romana, era un régimen especial para cada localidad, es decir, fraccionada, pero también de libertad y de vida; por existir tal régimen fué como pudieron resistir 200 años contra el inmenso poder de la república romana, y como se inmortalizaron Numancia, Sagunto, Viriato y Sertorio. Al sucumbir Iberia no muere del todo el régimen de las localidades. Entre los vecinos de cada localidad existen una multitud de intereses particulares que exigen una administración especial que sólo ellos mismos entienden. Roma no los puede tratar del mismo modo a todos. Tenía que hacer una diferencia entre las localidades que le habían dejado franco y las que habían resistido hasta morir. Las ciudades que habían conservado su soberanía e independencia se llamaban «libres», «federales», y sujetas al «foedus» (pacto de alianza) las otras; pero a todas se las llamaba «municipio» y Roma les concedió participación en los derechos propios de las ciudades romanas. Las ciudades pobladas por romanos enviados allí para afirmar la dominación romana, se llamaban «colonias», y «estipendiarias» las vencidas y entregadas al pago del «spondium», es decir, el sueldo de los legionarios. Las ciudades libres, las federadas, los municipios pues, siguieron gobernándose por sus antiguas leyes, por lo que se refería a sus cosas propias y no rozaba el dominio supremo de Roma. En cada ciudad, al lado de un pequeño senado, había un concilio o junta del pueblo. La organización municipal descansaba sobre bases muy amplias y principios de libertad acertados. Cada asamblea elegía entre los individuos de su seno a los magistrados que, durante un periodo limitado debían estar al frente de ellas. ¡Cuán lejos estaban entonces de los capicues que la república de 1931 tuvo que derrocar!

Cuando ya el poder de Roma empezó a transformarse en desorden militar, sufrieron estas asambleas un decaimiento notable, y el desarrollo del cristianismo, la constitución de la Iglesia influyeron mucho para degradar este régimen municipal. La Iglesia y el cristianismo arrebataron a las curias la acción y la vida; introduciendo al mismo tiempo el privilegio, le quitaron la consideración y el poder. Frente a la curia, en efecto, organizan

la parroquia, que empieza a socorrer a los desvalidos; luego se coloca al frente de la parroquia el obispo elegido por el pueblo y la organización municipal se eclipsa ante la cristiana. La Iglesia se las arregló para formar en todos los municipios una especie de ciudad, no legal, pero más fuerte. El emperador Constantino trató en vano de luchar contra este atropello cristiano. Para contrarrestar en algo el avance ilegal de la Iglesia en la vida municipal, se crea el Defensor de la ciudad, agente o magistrado encargado de representarla y defenderla. Este era elegido por una junta compuesta de los nobles y privilegiados, los curiales y la plebe. Como se daban cuenta que se había perdido el principio antiguo, para volver a encontrar la fuerza y el vigor, se apela al pueblo y se sienta la primera base del régimen municipal del Consejo que iba a tener una gran influencia en la historia de las naciones modernas. El «defensor civitatis» poco a poco tendría carácter de juez defendiendo la ciudad contra los desafueros del gobernador y demás autoridades imperiales. Así era el estado municipal cuando los bárbaros invadieron España. El Consejo subsiste aunque no se le mencione de manera firme hasta mediados del siglo IX; en el año 941 se menciona al de Burgos, que sanciona una donación. Más tarde, en las Cortes de León de 1.020 el consejo de la misma ciudad está representado con privilegio y se constituyen las behetrías, en las que las juntas de vecinos, o sea el Consejo, elegía al señor que debía de gobernarles.

Las behetrías eran como unos pueblos libres en los que los vasallos elegían para señor una persona que juzgaran apta para eso, y se reservaban el derecho de removerlo cuando las agraviase. Por la significación que en árabe tiene esta palabra — desorden, barullo — se podría creer que las behetrías eran así como repúblicas independientes, algo anarquistas según se imagina la gente moderna el anarquismo; sin embargo, eran las behetrías pueblos libres, pero donde se ejercía la autoridad real, el rey era el que autorizaba la constitución de una behetría, sea de linaje, sea de mar a mar, los pueblos elegían al señor el justiciero pues este monarca trató de convertirlas en lugares solariegos y, poco a poco esta clase de municipios desapareció.

Los consejos adquirieron muy pronto el derecho de nombrar ellos, y no el rey, a los que habían de juzgarlos y elegirlos cada año entre sus vecinos. Llegaron a obtener las demás atribuciones de que gozaba la aristocracia: imponían pechos y derrama, levantaban soldados, se ligaban entre sí en hermandades, tan célebres en la historia de España y al mismo tiempo tan poco conocidas. Estas hermandades de León y de Castilla se pueden considerar Cortes generales, pues en ellas se reunían todos los representantes de la nación. Por ejemplo, para contener y refrenar los vicios de los tutores de Alfon-

so XI, los consejos hicieron hermandad y en el introducción de esta famosa hermandad se expresa bellamente que la nación entera es quien habla en aquella junta (1315). En 1473 viendo los males «e dano tan intolerables que en este trino hai presente» se celebra una hermandad general en Villacastin, entre los reinos de Castilla y León. En la famosa Santa Comunada de Avila, en 1580, concurrieron todos los procuradores de las ciudades y villas de voto o cortes y un gran número de personas de todos los estados y profesiones. Los consejos tenían también el anárquico derecho de luchar contra los ricos-hombres y enviaban a las huestes del rey a sus vecinos acaudillados por cabos elegidos por ellos y con el estandarte del concejo. Cuando Alfonso el Sabio quiere uniformar la legislación tiene primero que dar estos derechos como fuero municipal a los concejos.

Los reyes de España reconocían con lealtad los derechos adquiridos por el pueblo, hasta que fué llamada al

trono una rama forastera y extraña a las costumbres y usos y que pudo, gracias al poder que traía consigo, desmoronar las libertades públicas y los antiguos derechos castellanos. Entonces, el Consejo pierde toda su fuerza política, ya no es sede de ciudadanía, se vende en pública licitación los oficios de la república como medios de proveerse de dinero; ya no hay elecciones populares; los hombres que rodean a Carlos III intentaron volver a darle vida. Se apeló a las antiguas tradiciones y reaparece el «defensor civitatis» con el nombre de «síndico». Vuelve a revivir el antiguo principio popular. Pero no dura mucho tiempo.

Se puede decir con razón, que hasta la llegada de los Austrias a España no existió un país donde fueran tan eficaces las garantías de libertad civil y seguridad personal.

P. CAROL V.



«M

E parece que si Dios hubiera creado una clase de hombres llamada sólo a comer, sin tener para ello que trabajar nada, los habría hecho todo boca; del mismo modo que si hubiese creado otra clase llamada sólo a trabajar, sin obtener para nada el producto de ese trabajo, la habría hecho sin boca y todo manos.»

Abraham LINCOLN

Tipos españoles

Don Herminio, el cazador cazado



QUELLA arboleda fluvial tenía un mes de mayo tan jugoso y verde, que sólo he podido verlos después en los cromos. En años de mocedad entregados a la poética de modelos antiguos, identificaba yo la ribera con paisajes de fábula más que con escenografía clásica.

El cromo y la fábula tienen mucho más atractivo que Horacio y Ovidio. La arboleja era un cromo, y todo cuanto transcurría en aquel ambiente podía ser tema de fabula. Si Horacio ensalzaba a Augusto o Virgilio describía la primavera en la sexta Geórgica, siempre resultaba que el profesor de latín nos hacía conjugar unos cuantos verbos empalagosos.

Los cromos y las fábulas, en cambio, no necesitaban intérprete para mí. Los cromos tenían un verde mate como el paisaje después de llover, y al tenerlos delante se sentía la comezón de ir a contemplar la arboleda a orillas del río. Las fábulas de Esopo, la Fontaine, Samaniego, Liarte— me parecen entonces la cúspide de la belleza. ¿Qué me importaba a mí que Virgilio cantara la felicidad de la vida campestre?

¡O fortunatos nimium, sua si bona norint AGRICOLA!...

Lo interesante era sentir la felicidad de la fábula y del cromo, encaramarse por un árbol y recitar aquellas maravillosas historietas de asnos parlantes, raposas ladinas, corderos atontados y lobeznos razonadores, aunque lo importante era atravesar el río a nado. Para ello no era ningún estorbo saber que Virgilio celebraba en fastuosos versos el casamiento del aire con la tierra y que en el *Epitalamio* de Cátulo, *Auruncleia* es el sobrenombre de la desposada; pero una pradera tenía más belleza que todos los clásicos habidos y por haber. Unos renuevos en flor me parecían más importantes que los verbos por extraordinarios que fueran.

Por aquel paisaje fluvial pasaba todas las tardes un profesor a quien llamábamos don Herminio.

En clase nos explicaba la Historia Natural, no como asignatura, sino como la más hermosa de las fábulas. «Historia es la narración científica de los sucesos realizados por el hombre bajo la dirección de la Providencia», así decía don Herminio el primer día de clase, pero empezaba inmediatamente a burlarse de la definición, y burlándose de ella pasaba el curso.

Porque don Herminio era hombre fuerte. Dentro de la suavidad de su temperamento sabía demostrar que estaba seguro de lo que decía. ¿Qué ideas eran las suyas? Por de pronto, siempre pasaba por la rivera como una carabina. Al día siguiente, cuando explicaba en clase lo que era la falange macedónica, yo hallaba contradicción evidente entre sus ideas pacifistas y la carabina.

Si don Herminio era pacifista, y como tal se mostraba

con las dos docenas de aprendices de bachiller que acudíamos a su clase; si aborrecía las armas, ¿por qué iba a la pradera armado de carabina? Me dijo un condiscípulo que don Herminio iba a cazar becadas. ¿Y qué? ¿Acaso las becadas no eran tan pacifistas como don Herminio?

Era hombre de natural amable y risueño. Para decir que un discípulo no sabía media palabra de la lección, sólo se atrevía a insinuar:

—Le pongo 3 a 4 h. entre regular y regular flojo.

—¿Regular sostenido, don Herminio?

—Eso es.

Y con un carácter así, ¿cómo se atrevía a asesinar alevosamente a las infelices becadas? El secreto permanecerá eternamente oculto a los ojos de la posteridad.

Preguntó un día la lección al pequeño diablo que entre todos los alumnos era conocido y criticado por su seriedad en clase:

—¿Qué hizo Licurgo?

—Distribuyó la tierra de Laconia entre espartanos y laconios.

—¿Y qué resolvieron éstos?

—Hicieron trabajar la tierra...

—¿A quién?

Nadie lo sabía.

—¡A los lacedemonios! —gritó don Herminio.

El coro de estudiantes saltó como si hubiera tenido a la vista una batuta zigzagueante:

—¡A los lacedemonios!

—Bueno, ¿y qué hicieron los lacedemonios?

Silencio imponente. Contestó el profesor a su pregunta:

—Pues hicieron labrar la tierra a... ¿Quién lo sabe?

Silencio que tenía todas las trazas de acabar en punta.

—Hicieron labrar la tierra a los ilotas —profirió don Herminio.

Y añadiendo un ademán con las manos para contener el bramido del coro:

—Ya ven ustedes: Licurgo dió la tierra a espartanos y laconios, que la cedieron para el trabajo a los lacedemonios, y éstos, a su vez, a los ilotas. Eso es lo que ocurre con la historia: ustedes se encuentran con tierra fértil como los espartanos; la tierra fértil de ustedes, o sea la Historia la ceden a sus padres, que son los lacedemonios, y éstos me la ceden a mí porque soy un ilota. ¡Largo de aquí!

Así terminaba la clase por aquel día.

El profesor tenía verdaderas familiaridades cuando explicaba la lección de Nerón:

—Claudio condena a muerte a Mesalina y se casa con Agripina, madre de Nerón. Claudio muere envenenado por Agripina. Esta es condenada a muerte por su hijo, quien hace matar también a Séneca, a su hermano Bri-

Altos estudios de Víctor Hugo

MENSAJES

El niño está formado de candor y gracia suprema; por más que todo lo ignora tiene el aspecto de la luminosa antorcha que lo alumbra y descubre todo; es el resultado de la unión de la aurora y de la sombra y es tan bello y tan dulce que se diría que la tradición y la fábula han tenido que juntarse para componer esa cabeza de inefable belleza.

★

El mirar ingenuo del niño hace el efecto de un perdón y el hombre más duro queda sin defensa ante esta adorable y radiante criatura.

★

El niño es la fragilidad encantadora que sonríe y nuestra flaqueza temible y frívola se mezcla a su blanca aurora; su paso es incierto, su frente se dobla como una caña, pero no por eso ha perdido la inocencia de la cuna y en sus hermosos ojos en los que el amor irradia se advierten las risueñas claridades de la aurora del paraíso.

★

tánicus y a su consorte Octavia. Era un monstruo de lascivia.

—¿Qué es lascivia, don Herminio?

—Lascivia no es lo mismo que sicalipsis, y la pregunta que hacen es totalmente sicalíptica, porque supone el absurdo de convertir esta clase en una clínica. En una clínica tal vez pudieran ustedes enseñarme a mí.

El silencio que siguió fué completo y temeroso.

—Iba a decirles que aquellos envenenamientos y asesinatos no se dieron con tanta virulencia como en Roma, porque el pueblo romano se parecía a sus emperadores. Siempre quería sangre. Guerreaba y pedía por oficio. Por eso no hubo dramaturgos en Roma... Séneca era cordobés... ¿Cómo iba a haber dramaturgos, si la vida romana era un drama permanente?

Aquel día terminó la clase con una especie de armisticio.

—Usted es pacifista —dijo al profesor un medio diablo vasco al salir de clase.

—Bueno, ¿y qué?

—Con todos los respetos, don Herminio, no creemos muy compatible ese pacifismo con la caza de becasas.

—¿Por qué?

—Las becasas no son sanguinarias como Claudio ni como Nerón; no son monstruos de lascivia; no matan ni gozan con la sangre... Y usted las caza a traición, don Herminio.

El profesor nos despidió violentamente, pero lo cierto es que no volvió a cazar becasas.

Felipe ALAIZ

Fe de erratas :

En el artículo sobre Agustina de Aragón, amazona a pie, debido a la pluma de F. Alaiz, publicado en el número 101, página 2.699, por error se ha escrito 1873, cuando debe ser 1823. Disculpennos los lectores. (N.D.L.R.).

Pensador, seas quien fueres, ahí tienes las dos víctimas eternas: compadécete del pueblo, pero compadécete aún más del niño a quien se embrutece.

★

La tiranía es la escalera que desciende a los abismos del mal, oscura, vertiginosa y fatal, crujiente y páfida; en cada tramo aminora la luz y desgraciado quien pone el pie en el primer escalón!

★

El filósofo que estudia y lee historia, con tristeza ve siempre ante su vista las mismas olas que constantemente chocan contra las mismas rocas, y observa que la espada siempre triunfante ha caído constantemente sobre la frente de los pueblos.

★

La realeza no es más que un lúgubre abismo; lo único que puede hacer un rey que sucede a otro rey, es cambiar en espanto la expectación; la historia es la rima espantosa del crimen solidario; la madera del cadalso y la del trono están unidas.

★

El rey es un compendio de los otros reyes; es el antiguo despotismo y el tormento del hombre; en la realeza una escalera de cadáveres conduce a los puestos elevados y sus escalones son las gemonías.

★

En esta humanidad por cinco o seis héroes, por dos o tres genios ¡cuánto verdugo! ¡cuánto loco! ¡cuántos enanos! ¡cuántos Neronés!

★

¿Hay buenos reyes? No, dice Epicteto; no, dice Platón; no, dice Juan de Patmos, afirmando Zenón que hay buenos reyes como hay buenas hachas.

★

La ignorancia y la noche son dos lúgubres hermanas; la una hace los corazones malsanos, los pensamientos insalubres, los cerebros relajados; la otra es el estancamiento de las tinieblas pasando sobre el mundo.

★

De la ignorancia surgen los Tiros, las Babels, las Sodomas, la guerra y los combates, sombrías tempestades de hombres de los que salen los cé-sares.

★

Fuera de toda conciencia y de toda luz, desterrado de la razón; la oscuridad del hombre se asemeja al paso vacilante de un paria siniestro caminando por la aurora.

★

Las dos antorchas humanas, la ciencia y la conciencia no han brillado un solo momento en la mano de muchos hombres, pues los retóricos han apagado la llama efímera de sus inteligencias.

Tr., V. M.

zo. Les digo siempre lo mismo : que soy lo que soy desde el año 1881, — bonito tiempo ha transcurrido — ; que en manera alguna he sido seducido por las agitaciones modernas o cosa por el estilo; que me han dejado en paz durante cincuenta y seis años y que espero que sigan como antes por cincuenta y seis años más. Ojalá lo hagan. Mi correspondencia no es interceptada. Ese detalle debe quedar estrictamente entre nosotros, no se lo diga a nadie, me haría daño si se supiera. This is private como lo es mi vida inofensiva.»

En agosto y septiembre de 1937, Nettlau se vió gravemente afectado por una afección en la laringe, y como su resistencia física se debilitaba de día en día, finalmente se decidió a ir a Suiza para consultar a su viejo amigo el doctor Fritz Brupbacher, que como médico y como hombre le inspiraba la mayor confianza. Brupbacher me escribió, a la sazón, que se trataba de una dolencia crónica muy agravada debido a las malas condiciones de vida de Nettlau y a un trabajo excesivo. Aunque no había peligro inmediato, los incesantes trastornos de la respiración le causaban penosas molestias y era preciso librarle de ellos para que volviera a ser lo de antes. Pero no obstante su mala salud, sus cartas no dejaban de tener interés, revelando que la cuestión española le preocupaba día y noche.

«Sin creer en la infalibilidad del hombre (escribía Nettlau), juzgo que la C. N. T. y la F. A. I. están haciendo lo mejor que pueden y que lo que no han hecho o no hacen les ha sido imposible, pues se enfrentan a un mundo infinito de enemigos : además de los Estados de esclavos, los Estados burgueses; prácticamente a la totalidad de los socialistas autoritarios, a mucha gente inconstante y débil, al bloqueo por mar y tierra y a la baja y estupidez de aquellos que ahora, en medio de la lucha más desesperada, no pueden ser combatidos en forma abierta... »

«En España aún quedan en pie muchas cosas buenas. La causa está teniendo repercusiones cada vez más vastas y aún puede convertirse en la LUTTE FINALE, por lo menos contra la infamia fascista; con esto ya nos damos por satisfechos.»

Nettlau conservó sus esperanzas hasta el último momento, al menos trató, mediante las cartas a sus amigos, de atizar las esperanzas en el extranjero y de procurar que la causa de España no se diera por perdida. Nadie sabe cómo pensaba y sentía realmente durante aquellos meses espantosos que precedieron a la caída de Barcelona y Madrid y que han sido los momentos más amargos de su vida.

R. ROCKER

te, en el lugar del poder derribado, un nuevo poder que, nacido al comienzo de la revolución, cuando las ideas nuevas comienzan a despertarse, será fatalmente conservador por su esencia : lejos de procurar crear un poder que, representante de la primera fase de la revolución, no haría más que obstaculizar el libre desenvolvimiento de las fases ulteriores, y que tendería fatalmente a inmovilizarla y a circunscribirla, — es deber de los socialistas impedir la creación de todo nuevo gobierno y de despetar, al contrario, las fuerzas del pueblo, destructoras del antiguo régimen y creadoras al mismo tiempo de la nueva organización de la sociedad...»

«11. Persuadidos de que el modo de agrupación que va a realizarse en un porvenir próximo (al menos en los países de origen latino), será la Comuna, independiente del Estado, que abolirá en su seno el sistema representativo y realizará la expropiación de las materias primas, instrumentos de trabajo y capitales, en provecho de la comunidad, creemos necesario poner a estudio serio la comuna colectivista, y discutir la parte que los anarquistas tendrán en la lucha que se produce actualmente en el terreno político y económico, entre la comuna y el Estado...»

Esta última idea (la comuna) ocupaba a Kropotkin de una manera práctica en el verano de 1878; hago alusión al congreso de Fribourg de la Federación jurasiana (primeros días de agosto) cuya crónica se encuentra en la « Avant-Garde ». La situación de las secciones era entonces más que precaria, y para reanimar el movimiento, a proposición de Kropotkin, se resolvió tomar parte en la agitación comunal. Se hizo eso en efecto en una pequeña escala : conocho la hoja de papel rojo impresa a consecuencia de esa decisión : se echó un boletín inscrito « La Comuna » en las urnas en las elecciones municipales. Esa tentativa minúscula en Suiza no tuvo consecuencias, pero en Francia Paul Brousse, poco después, estableció su « possibilismo » sobre bases semejantes, comunistas y federalistas al principio, pero que convergieron fatalmente hacia el estatismo completo y se encontraron así con el guesdismo, que siempre partía del Estado.

Ese es uno de los incidentes en la investigación de los medios de acción, cuestión tan importante y a menudo más urgente que la de las ideas.

Puesto que las revoluciones generales habían fracasado (1871 a 1874), los italianos primero, en su congreso de Florencia, en octubre de 1876, se declararon por la acción mediante el hecho insurreccional. Sus delegados al congreso de Berna, Cafiero y Malatesta, repiten en el « Bulletin » jurasiano del 3 de diciembre que : « La Federación italiana cree que el hecho insurreccional, destinado a afirmar por actos los principios socialistas, es el medio de propaganda más eficaz y el único que, sin engañar y corromper las masas, puede penetrar hasta en las capas sociales más profundas y atraer las fuerzas vivas de la humanidad a la lucha que sostiene la In-

ternacional». Esto fué escrito por hombres que se disponían a conformar sus actos a sus palabras : la insurrección que estalló prematuramente y en una escala demasiado pequeña en la provincia de Benevento en abril de 1877 debía ser ese hecho insurreccional. Se contaba operar en una sección menos favorable, defenderse en posiciones inexpugnables hasta atraer la atención de los revolucionarios y del pueblo de toda Italia que entonces se habrían levantado localmente, imitando la iniciativa dada. (Esta idea era también una de las ideas favoritas de Bakunin que, por ejemplo, había dado en 1873 consejos de obrar así, en una parte retirada y bien aproximada de los Balcanes, a los revolucionarios nacionalistas búlgaros).

Esta acción ha dado origen a la *propaganda por el hecho*, frase que Jules Montels (de la sección de la propaganda y de la acción revolucionaria de Ginebra) ha empleado, según parece, por primera vez en una carta escrita al « Bulletin jurassien », relatando que Costa daría el 9 de junio de 1877 una conferencia sobre ese título. El 5 de agosto de 1877, en ausencia de Guillaume, un artículo no firmado del « Bulletin », — de que es autor Paul Brousse, — y titulado « La propaganda por el hecho » dice : « desde hace algún tiempo se habla a menudo en la Federación jurasiana de una cosa cuyo nombre al menos es nuevo : « la propaganda por el hecho... »

Este artículo termina : « Que se apodere una vez de una comunidad, que se realice en ella la propiedad colectiva, que se organicen en ella los cuerpos de oficio y de producción, los grupos de barrio, de circunscripción ; que los instrumentos de trabajo vayan a mano de los obreros, los obreros y sus familias a los alojamientos salubres, los haraganes a la calle ; si se es atacado, se defiende uno ; si se es vencido, ¡ poco importa ! La idea será arrojada, no sobre el papel, no sobre el periódico, sino sobre un cuadro vivo ; no será esculpida en mármol ni tallada en piedra, ni fundida en bronce ; marchará, en carne y hueso, viva, ante el pueblo. »

« El pueblo la saludará a su paso. »

No fué Brousse el que hizo todas esas bellas cosas : pocos años más tarde fundó el possibilismo y acabó en la piel de un bravo consejero municipal de París.

La expresión « propaganda por el hecho » ha debido ser familiar a Kropotkin, que en su memoria rusa (1873) había de : « un género de propaganda que nosotros llamamos *fakitcheskata* y de la *fakitcheskata propaganda*, — propaganda de hecho », por consiguiente, si se comprime el término ruso. En base de esa concepción tiene el pensamiento que Bakunin expresa en 1868 diciéndolo : « en todas partes y doquiera el hecho revolucionario en lugar del derecho creado y garantizado por el Estado ». Las expresiones « hecho cumplido », « *via facti* » muestran en qué grado la idea corresponde al razonamiento humano no sofisticado, « Predicar con el ejemplo, no

« Haga usted cuanto pueda. Los obreros americanos (lo mismo que los franceses) no deberían ocuparse en estos momentos de asuntos de dólares y de centavos, de otro modo perderían toda estimación por los problemas morales. Al inducirlos deliberadamente a actuar como lo están haciendo, obedecer también a un sistema, pues con ello se pretende mantenerlos alejados de todo gesto rebelde. Es triste, pero los Estados Unidos dan la impresión de no querer o no poder hacer nada (lo segundo es lo más probable). México resulta más eficiente, porque tiene aún espíritu y voluntad, además del estómago vacío. Allá en Barcelona, desde el 19 de julio (en realidad desde una semana antes, cuando ya nadie durmió en previsión de un asalto), los hombres de verdadero valor no han conocido el sueño durante varios días (para que el fusil no se les deslizase de las manos) ; apenas han probado bocado, andan en ropa de faena pensando en el enemigo y no en la Economía. (1)

Lo económico se resolvió por sí solo, en forma automática, cuando la burguesía desapareció y cuando terminó la servidumbre voluntaria. Pensé entonces en la increíble independencia de Kropotkin, quien repitiendo una opinión de Blanqui, dijo que la revolución está perdida si no alimenta, viste y aloja al pueblo humilde en un plazo de 24 horas. Los de Barcelona no regresaron a casa durante diez días, se quedaron, por decirlo así, en traje de baño, y se olvidaron de comer. Con colchones en vez de planchas de blindaje ; en taxis en vez de tanques, es como los primeros luchadores, hace varios días se fueron con Durruti, a Aragón y tomaron Caspe media hora antes que el enemigo y trazaron aquel frente aragonés que desde entonces protege a Cataluña contra la invasión. Creo que Kropotkin, al ver esto, se hubiera cogido de regocijo, lo mismo que todos nosotros, tendría fe en la capacidad del pueblo. »

« Los escépticos ahora todo lo admiten. El espíritu, la idea, el ideal, la voluntad : Bakunin, Malatesta, el íntimo pensamiento de Kropotkin, la bondad de Reclus : todo esto ha producido sus frutos, y La Revista Blanca ha obrado milagros en este sentido contra tantos obstáculos, como usted lo sabe. »

« ¿ Volvire a ir por allá ? A decir verdad, no lo sé. Aquella vida trágica, tanto valor y sacrificio, y mirarlo así, de espectorador, no es muy edificante ; luchar o ayudar no lo hago, creo que no. Allí se vive en un solo aliento desde la mañana del 19 de julio, sin respiro ni tregua. Una continua tensión nerviosa de nueve meses. Y en Detroit y París la gente se disputa por dólares y centavos. La economía no es mejor que la socialdemocracia ; una y otra son soporíferos de primera. Bueno, basta ya de herejías me dirá usted. »

« Aquí en Viena un anónimo me ha denunciado a mi regreso y la policía me ha interrogado en diciembre y en mar-

(1) Es sintomático el buen efecto que los acontecimientos de España le producen a Netlau. (N. de la R.)

perativo, como hoy lo observamos tan claramente en España. Lo puramente económico no es más que un peso muerto, e incapaz de impartir el espíritu de sacrificio tan necesario en tales combates. Bueno, este espíritu existe en España y el mundo se hallaría mejor si un poquito de él se agitasen también en el extranjero. Por eso no tengo paciencia con los archisabios de nuestras propias filas, que no tienen ojos sino para las faltas y son ciegos para la gran tarea de conjunto. En un momento en que se ha impuesto a un pueblo una lucha de vida o muerte, convendría hacer a un lado las reflexiones puramente teóricas. En España se están decidiendo los destinos de Europa, y el que se mantenga aparte o no sepa más que criticar, no comprende las gigantescas dimensiones del drama que allí se desarrolla, y que del éxito o fracaso en el primer acto de esta tragedia han de depender todos los siguientes sucesos, los cuales, con toda seguridad, serán representados en un escenario más vasto, en el mundo entero.»

En una carta escrita en Viena, del 14 de abril de 1937, vuelve Netliau a hablar del mismo asunto. Aprovecha los sucesos de España para demostrar cuán insignificantes son, en tales luchas, las influencias de las ideas puramente económicas:

«No he recibido ninguna carta de usted. ¿Se perdió la que me escribiera? ¿Habrá sido censurada? ¿O se quedaría en la casa de Barcelona? De cualquier modo, no sé nada de usted. Lo siento mucho. Pero sé que ha hecho y que nace cuanto puede: con esto me basta, también sé que no es de aquellos, hoy cada día más numerosos, que no encuentran más que pelos en la sopa y que nos están aleccionando con su elevada crítica. A éstos nada les gustaría tanto como escribir necrologías, y se asemejan a los caballeros de I told you so. No tengo paciencia con esos sapos agoreros, tampoco la tengo con los pacifistas integrales, que se han multiplicado igualmente. Esta gente ha echado a perder nuestra causa entre 1917-18 y 1936 y ahora les agrada enterrar también a España como ya lo hicieron con Rusia, Italia, Alemania, etc. A éstos no tengo paciencia para aguantarlos. Los conozco tan a fondo que no voy a concluir mi Historia con el año 1914 (la guerra), sino que la continuaré hasta el 19 de julio de 1936. (Despertar; Vuelve Bakunin; Crepusculo de Marx). Por desdicha esos desgraciados siguen metiendo la pata en todas las cosas; pero la razón se ha levantado y prosigue su camino a pesar de todo...»

«El resto de Europa es una miseria, pero el Mannekin piss de Bruselas le dió el 11 de abril, un buen puntapie a la calla de Degrelle... El señor Lansbury, antiguamente del «Daily Herald», está llevando la comedia tan lejos como para presentarse en Berlín (la semana que viene). La armada inglesa protege los barcos ingleses, pero al hambriento Bilbao le arrebatán, por escrúpulos de neutralidad, los pocos alimentos que tratan de traer... ¿Se enmoheció la flota británica y son fascistas todos los generales franceses?»

con palabras — es el verdadero significado de esa famosa propaganda por el hecho.

Cuando más receptividad haya mostrado el pueblo y más predisposición a secundar las iniciativas generosas de aquéllos que se sacrificaron para llevarlo a la dicha, más social y creadora habría podido ser esa propaganda por el hecho. Pero el pueblo, a quien se había visto batirse en 1871 como en 1848, se volvió después una masa dócil conducida al matadero electoral por jefes de todos los colores, incluyendo todos los matices desde el rosa al escarlata: es eso lo que desilusionó a muchos hombres abnegados y lo que les hizo dar a su propaganda por el hecho formas que la hicieron conducirse a menudo con el terror y la venganza. Pero su origen es el de: predicar con el ejemplo. Por lo demás, no ha sido estéril; sus mártires han muerto, pero han dejado progenitura mucho más poderosa que se llama «acción directa». Esta se ha incorporado en el espíritu de las colectividades a quienes no se puede ya decapitar ni diezmar como lo fueron los aislados de la propaganda por el hecho.

XIV y último

A partir de 1880, cuando el anarquismo comunista se estableció definitivamente, este esbozo histórico rápido, será necesariamente breve; porque no tiene la pretensión de dar la historia de los movimientos ni la de las ideas que ahora comienzan a ser elaboradas en el cuadro de la gran idea fundamental. Sería preciso hacer ese trabajo algún día. El inventario, por decirlo así, de las ideas múltiples que tuvieron su origen en el seno de la anarquía, producidas por el razonamiento de hombres que han tenido como base y punto de partida, su mentalidad adquirida en la anarquía, su experiencia de la libertad y que desean mejor aún, dar a la idea bases más sólidas todavía o hacerla florecer más ampliamente. Han hecho eso en condiciones diferentes a las nuestras y algunas veces nosotros podríamos aprovechar mejor su trabajo que sus contemporáneos, puesto que estamos separados de ellos por el tiempo que ha podido darnos una experiencia nueva que ellos no pudieron conocer. El examen desde ese punto de vista de la gran literatura anarquista del pasado, libros, folletos y las largas series de periódicos, de los cuales muchos han sido atendidos y fueron escritos, no por hombres de rutina, sino por hombres libres, felices de encontrar plataformas verdaderamente libres, y que les dieron su mejor esfuerzo, — sería un trabajo interesante, pero largo y difícil. No hablaré, pues, de esos cuarenta y cinco años que nos separan de la fundación del «Révolté» en 1879 más que en algunos trazos generales.

Porque, ¿quién no conoce la obra de Eliseo Reclus, de Kropotkin, de Malatesta, de Luisa Michel, de Johann Most, de Ricardo Mella, de F. Domela Nieuwenhuis, de Galleani, de Gustavo Lan-

dauer, de Emma Goldmann, de Berton, de Pietro Gori, de Voltairine de Cleyre y de tantos otros que han expuesto las ideas anarquistas como oradores y escritores en casi todos los países, sin tener en cuenta los innumerables propagandistas que han quedado en la colectividad anónima o que sólo son conocidos localmente, y las víctimas de los procesos que han hecho resonar la voz de las ideas hasta en el cadalso, de aquellos que han penetrado por las ideas sus obras de arte, su crítica social, su trabajo educativo, etc.?

Algunos han dado directamente el asalto a la sociedad burguesa que mantiene aún el mundo en sus garras, otros carcomen sus fundaciones por la organización de las fuerzas obreras, el sindicalismo revolucionario, por el antimilitarismo, por la elevación intelectual y moral, que será el producto de la enseñanza libertaria, del pensamiento libre, de la moral, de la equidad, de la liberación de la mujer; algunos ensayan la práctica de las ideas, creando el ambiente libre en que rehúsan la obediencia que el Estado les exige a cada paso. Existe además aún el efecto indirecto: ¿a qué grado de nulidad habrían llegado los movimientos socialistas autoritarios sin esa crítica antiparlamentaria, antidictatorial que, a pesar de todas las trabas, penetra hasta en las filas de sus rebantos dóciles para hacer reflexionar cuando menos a alguien?

Se puede decir que se ha hecho mucho y se hace aún todos los días, pero en vista de las fuerzas movilizadas por la reacción y que comprenden hoy el frente único que se extiende desde el fascista más a la derecha hasta el socialista electoral o dictatorial que se cree comunista, el más a la izquierda, en vista de esas fuerzas de la reacción y de la dictadura que aterrorizan aún a todos los indiferentes o les quitan toda esperanza, todo impulso de vitalidad, — en vista de todo eso los anarquistas han hecho aún demasiado poco.

Y sin embargo, su idea tan rica en posibilidades, tan generosa, tan bella; debe contener consejos, medios de acción, soluciones verdaderamente prácticas que es preciso deducir o extraer de ella, por la reflexión, el estudio, la experimentación, el esfuerzo individual y colectivo, por algún feliz accidente, la inspiración del talento o el trabajo paciente del investigador — ¿quién sabe? — Pero siento que aún, con las fuerzas presentes, se podría hacer un poco más.

Ha sido preciso mucho tiempo para elaborar, enmendar, depurar las ideas anarquistas, y habían llegado a este grado de perfección relativa hace aproximadamente cuarenta o cincuenta y cinco años, a partir de 1880. Quedan aún en ese estado inmaculado, abstracto, cristiano que llamaría ligeramente indignible. Es preciso acercarnos a la vida real.

Se ha sentido esa necesidad en 1895 y muchos se han lanzado de cabeza en el sindicalismo que los devoró. Es lo mismo que si hubiesen entrado en el parlamento para hacer allí antiparlamentarismo.

No combató el contacto con el movimiento obrero; es una necesidad elemental y no habría debido cesar nunca y en efecto no ha

«Querido Rocker: Ha interpretado usted magníficamente al noble caballero de la Triste Figura, que sólo se ve tan triste, porque los tristes ojos de los filisteos se han posado por demasiado tiempo en él. Y es que los filisteos forman la gran mayoría de la humanidad, sin distinción de clases. Si es que la palabra burgues encierra sentido alguno, este no se refiere a la condición de clase, sino a determinado modo de pensar y de sentir. Es el pensamiento de las oportunidades mezquinas y de la sordida satisfacción con lo existente, con tal que los platos en la mesa queden bien llenos y la buena digestión durante el sueño no sufra molestias.

Todo aquel que considera que la tranquilidad es el primer deber cívico, es un burgués, sin importar que disponga o no de bienes terrenales. La mayoría de los obreros no son sino burgueses sin dinero. Lo decisivo es la alternativa: espíritu o antiespíritu. Sólo el que aspira a elevarse éticamente sobre las realidades mezquinas y desprecia el mundo de los filisteos y de los pedantes, es un revolucionario auténtico como Don Quijote, para quien la acción y el pensamiento eran una misma cosa. Bekunin era de esa raza: por eso los filisteos de todos los matices lo consideraban como un enemigo. Y sin embargo, la vida no valdría un comino si este espíritu, al que debemos todo lo mejor, hubiera de extinguirse por completo entre los hombres.

Contra esta noble virtud del hombre nada puede el escarnio y la fría perfidia de los filisteos. Quien sabe soñar en la belleza de un ideal, no renuncia nunca a este deleite. Ciertamente es más digno del hombre correr en un Rocinante hacia lejanías ignotas, que ir en un Ford, por carreteras bien pavimentadas, derecho al infierno, lo que, dicho sea de paso, no sería ninguna desgracia para la humanidad.»

Lo que Nettlau más admiró en la revolución del 19 de julio en España, y que destacó una y otra vez, fue la circunscripción de que, los miles de luchadores anarquistas que arriesgaban a diario sus vidas en la pelea, no lo hacían impulsivamente por mezquinas ambiciones, sino que luchaban heroicamente en defensa de la libertad y la dignidad humanas, amenazadas ambas por una pandilla de militares traidores con el apoyo de toda la reacción extranjera. Ninguno de aquellos heroicos luchadores pensó en intereses personales; fue el hondo sentimiento ético de la dignidad ultrajada lo que llamó ese espíritu maravilloso de rebeldía y amor a la libertad, el que hizo posible una resistencia de cerca de tres años, que de otro modo ya se hubiera derrumbado en las primeras semanas.

«No son las consideraciones económicas las que han obrado este milagro querido Rocker — me escribía en marzo de 1937 — es el todopoderoso espíritu libertario el que anima a esta gente magnífica, haciendo que no retrocedan ante ningún sacrificio. La economía no puede crear este elevado espíritu; en cambio, un movimiento inspirado en la libertad y la dignidad humanas puede poner los primeros cimientos de un orden económico más justo al proclamar el trabajo coo-

Los socialistas de aquí, forman un organismo de admirables; algo más activos que sus congéneres de otros países, pero que no representa a mi juicio, ninguna preocupación real. Los comunistas de ambas tendencias, en cambio, son hierba venenosa: no sirven para nada bueno y sólo pueden causar daño. Tanto el fascismo como el comunismo. Rusia a la vez que Italia y Alemania han de ser vencidos, y Don Quijote no meterá su espada en la vaina hasta que esta meta haya sido alcanzada, o bien perecerá, si la repugnante cohardía de ese mundo cruel y desalmado tolera tal cosa.

De veras no sé qué se pueda hacer en los Estados Unidos por España, la mejor de todas las causas. Supongo que leerá usted «Spain and the World», el nuevo periódico de Londres, y que acaso haya leído también el reciente folleto londinés, el que lleva cubierta roja.

Buen número de los mejores luchadores han caído, como Ascaso y Durruti. Los que mejor conozco son muy activos y están todos en su puesto. Hombres, mujeres y muchachos, luchan y trabajan hasta el agotamiento, pues no han tenido un solo momento de respiro desde el 19 de julio que comenzó la lucha contra el fascismo.

Sucedá lo que suceda, el anarquismo ha avanzado aquí al primer plano del prestigio y la eficacia revolucionaria. En el anarquismo español va unido el carácter de la poderosa personalidad de Bakunin, la bondad de corazón y amor a la belleza de Eliseo Reclus y el fuego de aquel genio magnánimo y de visión grande que en todo tiempo ha animado a las minorías selectas, aunado a mucho sentido común y comprensión para lo práctico. Hombres que piensan y que ven, que comienzan a sentir que un socialismo libre, anhelante de belleza es lo verdadero, en contraste con ese socialismo disciplinado, mezquino y doctrinario que encarnó en la socialdemocracia y el comunismo ruso y que ha sido hasta hoy día el peor enemigo de todo socialismo auténtico.

Nos toca a nosotros ahondar más en este fenómeno. Ha llegado la hora de los Voltairine (De Cleyre), Landauer, Reclus, Ricardo Mella, del viejo Godwin y de todos los socialistas libertarios, pues son todos, como Bakunin, los hijos legítimos del gran «Don Quijote».

No era casual el que «Don Quijote» fuera el libro predilecto de Nettlau. El noble caballero de la Mancha fué para él un símbolo de la vida eternamente en lucha, precisamente porque, al querer lo imposible creaba nuevas posibilidades, abría caminos al porvenir y ofrecía sus ensueños para que otros tejiesen de ellos realidades insospechadas. Siguió siendo para Nettlau el genio siempre inquieto, que confundía el ideal con la vida porque no había manchado las alas de su pensamiento con la mediocridad de la rutina y no dejó de sonar hasta su muerte. Por eso pudo levantarse por encima de la estrechez de los tiempos y las debilidades de los hombres, y correr en pos de los ideales más elevados.

Cuando un día le envié a Nettlau mis Seis I. me escribió en tono alegre:

cesado para los que no fueron doctrinarios. El sindicalismo es el pan cotidiano del obrero, cualquiera que sea su opinión, y no habría debido absorber nunca a los hombres de una idea que tiende a liberar el mundo, hasta el grado de verlos siempre demasiado metidos en la esperanza ilusoria de llegar a la anarquía por alguna vía demasiado general, casi automática, — sindicalismo, huelga general, aun revolución social. Sin embargo no hay anarquía sin anarquistas y la espontaneidad, la evolución precipitada, son factores que pueden contener desilusiones.

Es posible que mis ejemplos estén mal escogidos, pero la esencia de lo que quisiera hacer comprender es esto: que la distancia entre nuestras ideas y el mundo real es aún demasiado grande. Estamos en la posición de aquellos que en el siglo XVII descubrieron que el vapor es una fuerza motriz poderosa, que la pila voltaica produce una fuerza poderosa también, pero eso no quería decir que supiesen hacer, de una manera efectiva, alguna de las mil aplicaciones de esas fuerzas que están en la base de la vida cotidiana de los hombres de nuestro tiempo. Igualmente la idea de libertad está en nuestras manos, pero aún no hemos sabido aplicarla y es eso lo que hay que aprender. Las máquinas a vapor y a electricidad no se produjeron de modo espontáneo, por arte de magia, y la libertad aplicada, que es la anarquía, exige al menos un esfuerzo parecido al de la fuerza motriz aplicada de una manera razonada, que es la máquina.

Hubo en el esfuerzo anarquista demasiadas repeticiones, casi se ha creado un dogmatismo y hubo demasiado poco estudio, investigación, pensamiento independiente. Hubo eso, felizmente; se puede recoger en los escritos más antiguos o más recientes como por ejemplo de R. Mella, de Ettore Molinari, de Jacques Mesnil, de Marc Pierrot, de Gustav Landauer, de Luis Bertoni y de muchos otros que olvido; pero es preciso decirlo — esas son excepciones. Ese carácter excepcional se ve también en eso: que las ideas independientes son raramente continuadas, profundizadas, mejoradas por otros, permanecen más bien aisladas y son olvidadas pronto. Se procede demasiado por manuales, por folletos reconocidos constantemente reimpresos, como si en cuarenta, en veinte o en diez años de nuestra época de remoción nerviosa, una publicación que está completamente separada de la vida real no perdiese eficacia. El carácter internacional de nuestro movimiento, por bien venido que sea, se añade a esta influencia creciente, porque los buenos escritores viejos, traducidos continuamente, no sólo no rejuvenecen, sino que son cada vez menos comprensibles y de actualidad en los países lejanos de su origen. Falta, pues, una buena literatura, no sólo actual, sino regional y local en todos los países.

Seria preciso también llegar a entenderse mejor, y la primera condición sería que nadie se creyese en posesión de una doctrina única perfecta y sostuviese que una tal doctrina sería posible o siquiera deseable; la anarquía sería bien pobre si fuera tal el caso.

Amar el comunismo en un grado tal que se desprecie el individualismo, amar el individualismo en un grado semejante y despreciar el comunismo — eso no es lógico, no es el supremo deber, es simplemente debilidad. Cada cual por su disposición, su ambiente, etc., tiene necesidad de una mezcla diferente de esos dos factores esenciales de la vida humana y social y sería bien tonto si se hiciera dudar esa medida por otro que por su propia necesidad. El individualista que se cree obligado a maldecir a los comunistas y receladamente, son seres incompletos, uno y otro toman su exclusivismo estrecho por el buen anarquismo. Finalmente hay un poco de fusión en este terreno; pero quedan intrínsecos, y la idea de declarar una vez por todas el grado de preferencia comunista o individualista de cada uno como un asunto particular que no interesa a nadie más, esa idea tarda aún en ser pronunciada.

Se ha hecho mejor treinta años antes con motivo de la diferencia entre anarquistas, comunistas y colectivistas en los países de lengua española: se ha hecho la paz, y Tarriá del Marmol creó la palabra del *anarquismo sin adjetivos*, el anarquismo puro y simple.

Semejantes divergencias existen relativas a los medios de acción, cuestión que, igualmente, tampoco puede encontrar una solución única conforme a una teoría cualquiera, sino que depende vastamente de las disposiciones y de las facultades de cada uno y de su medio. Algunos aun, prefieren realizar la vida anarquista para ellos mismos, otros hacen abstracción de sus personas, no considerando más que como instrumentos pasajeros de la propaganda que debe proceder a las verdaderas resoluciones que están aún lejanas. Sucede muy a menudo que unos desean convencer a los otros de la excelencia exclusiva de su manera de pensar, como si pudiese haber en ese dominio inmenso que abarca toda la vida humana que se trata de librar de sus obstáculos presentes, soluciones únicas, simplistas. Si se hace eso se marcha por una ruta falsa.

Porque las grandes líneas están trazadas desde hace 40 ó 50 años ese cuadro debe ser llenado. No es sino haciendo ese trabajo como se encontrará poco a poco lo que habrá que modificar en las líneas generales. Lo mismo pasa con toda ciencia que comienza habitualmente por descubrimientos y generalizaciones iniciales. Yo no espero una atenuación, una disminución de las ideas anarquistas por ese proceso necesario; espero una acentuación, una intensificación, pero no se llegará a eso por el razonamiento ni por la imaginación, sino por el estudio, por el trabajo del pensamiento, y por la experiencia.

Es tanto más necesario que en nuestra época presente de crisis social aguda se manifiesten y se contrarresten muchos más factores y corrientes de lo que se podía prever una o dos generaciones antes. Las fuerzas latentes se han desencadenado en una porción inaudita y operan en gran parte por la reacción, en parte pequeña por el progreso. El movimiento obrero que tantos socialistas de todos los matices han creado y soportado antes con abnegación, ha producido enormes desilusiones. El espíritu de revuelta, la iniciativa,

Esos grandes pasos Netlián los vió en el año 1936 en la Revolución Española.

Para comprenderlo no tenemos más que leer la correspondencia que reproduce Hocker y que nos ha parecido oportuno incluirla en este trabajo por lo mucho que contribuyen para la historia de la Anarquía y para conocer el profundo pensamiento de este gran hombre que fue Max Nettlau.

Estuve allí (en Barcelona), escribía, durante siete semanas antes y después de la explosión del 19 de julio, hasta el 29 de agosto y sólo regresé a Viena cuando creí que se acentuaban tiempos terribles. El peor peligro había pasado. Así lo digo creyendo hoy; pero se acentuaban tiempos terribles. A principios de septiembre cayó Irún; luego, a primeros de noviembre, siguió el asalto sobre Madrid; y en estos momentos, a comienzos de enero, se está llevando a cabo la segunda embestida contra la capital, cuyos primeros ataques han sido rechazados. Mas se preparan nuevas oleadas de la peste fascista. Desde un principio he tenido la esperanza, lo mismo que tantos compañeros, y aún no he perdido esa esperanza. Vi el primer gran triunfo de los anarquistas, en julio, y poco después, los primeros ensayos libertarios y constructivos en Barcelona. Vivir vale más que los libros: ¡todo resulta con tanta facilidad y armonía de hombres buenos y felices! En cuanto a libros y teorías se refiere, queda por saber si un siglo de literatura socialista ha sido favorable al desenvolvimiento general o si lo obstaculizó, si ha despejado los cerebros o si solamente los abruma. El sentimiento de una verdadera libertad es levanta triunfante por encima de todo.

¿Quiénes son los que hoy realizan esta labor en España? Hablando en sentido figurado, sencillamente es Don Quijote. Los hombres de ese país si sienten y actúan exactamente como sentía y obraba aquel hidalgo manchego. Asestan golpes duros y acometen al enemigo, con el mismo valor que él. Son magnánimos y están poseídos de ideales hermosos, virtudes características del genial personaje de Cervantes.

No sería, ciertamente, una tarea ingrata para publicar un librito con los mejores pasajes de Don Quijote, como el discurso sobre la Edad de Oro y otros muchos pensamientos de crítica social y de profundo sentimiento libertario e igualitario.

Sea lo que sea, Don Quijote ha salido de nuevo a la lucha y se bate valientemente. Todos nuestros amigos sabrán desde hace tiempo que es su mejor amigo, un anarquista como ellos, y están tratando de igualarle.

la espontaneidad, ¿dónde están en nuestros días? Al contrario, existen movimientos voluntarios en aspiraciones progresivas, aunque limitadas, que buscan realizaciones parciales por sus propias fuerzas fuera del Estado. El Estado está desacreditado, ha sido puesto al desnudo, parece horrible, pero sin embargo su conquista y no su destrucción es el fin de casi todos, salvo los libertarios. Los pueblos, también, que en tiempos de la Internacional de 1860-70 no estaban separados más que por los odios fomentados por los nacionalistas, hoy están infinitamente más separados por los intereses económicos que entrañan también a los obreros organizados a la vida fatal del estatismo nacional para quien el extranjero no es más que un objeto de conquista y de sumisión económica primero, y luego, si vale la pena, política y nacional.

No haremos triunfar nuestra idea anarquista al repetir las generalidades de nuestra literatura clásica de hace ya mucho tiempo ni por una polémica rápida y pasajera de semana en semana, comentando los acontecimientos salientes. Si Bakunin estuviere entre nosotros, analizaría las situaciones, formaría planes de acción y trataría de agrupar a los hombres penetrados de la misma voluntad. Si Kropotkin dispusiera de sus fuerzas, estudiaría más que nunca y tendría en cuenta las fuerzas progresivas que sobreviven por todas partes al margen de nuestras filas. Malatesta, que ciertamente, por su experiencia de más de cincuenta años de militante, ha llegado a ideas precisas, ¿qué hace ahora en su *Pensiero e Volontà* sino proclamar que es preciso estudiar? Se trata para él, «del desenvolvimiento de las ideas y de su acción en las circunstancias actuales».

«Cuando las ideas anarquistas —escribe en su revista del 1 de abril de 1924— eran una novedad que creó la maravilla y el asombro y cuando no se podía más que hacer propaganda en vista de un ideal lejano, ...la crítica de la sociedad actual y la exposición del ideal a que se aspiraba, podían bastar. Las cuestiones de táctica tampoco eran en el fondo más que cuestiones sobre los mejores medios de propaganda de las ideas y de la preparación de los individuos y de las masas a las transformaciones deseadas».

«Pero hoy los tiempos han madurado más, las condiciones han cambiado y todo hace creer que en un plazo que podría estar próximo y que en todo caso no está muy lejano, tendremos la posibilidad y la necesidad de aplicar las teorías a los hechos reales y de mostrar que tenemos más razón que los otros, no solamente a causa de la superioridad de nuestro ideal de libertad, sino también porque nuestras ideas y nuestros métodos son los más prácticos para obtener el máximo de libertad y de bienestar posibles en el estado actual de la civilización».

El porvenir de la idea anarquista depende de lo que haga en el período presente de preparación y el resultado inescrutable. De nada sirve soñar con un tiempo futuro cuando no se esfuerza uno por estar a la altura de la situación presente. Obrar como buen conservador, mantener la tradición del pasado es demasiado poco.

«Como anarquistas, no tenemos interés en que aumente el número de Estados ni en la creación de otros nuevos. Si un teórico bondadoso y alerta como usted ha podido, quizá, figurarse todavía en 1918, que los nuevos Estados serían buenos, inofensivos, inocentes como corderitos, la experiencia que sobre el asunto se posee en 1923 no debería ser ignorada por usted. Ella demuestra que un nuevo Estado conlleva desde el comienzo los vicios de todos los Estados... »

Max Nettlau a Jean Grave en carta escrita el 27 de junio de 1923, inserta en «Actualité de l'histoire» número 26 que publica el «Institut Français d'Histoire Sociale».

Sería también fatal quedar demasiado tiempo en la defensiva. El asalto autoritario ha sido formidable en estos últimos diez años, pero si su fuerza bruta existe aún, su impulso moral está quebrantado. Ha llegado la época de una iniciativa libertaria, siempre que se sepa coordinar, aunque no sea más que una parte, las fuerzas latentes de los amigos de la libertad bajo todas sus formas.

Terminaré reproduciendo algunos extractos del informe de Ricardo Meila al congreso internacional anarquista que debía celebrarse en París en 1900: "... Es muy sencillo hacer comprender a las gentes menos instruidas que las cosas se harán de tal o cual forma en el porvenir, pero eso no sirve más que para reafirmar su educación autoritaria y para hacerles creer que se obrará de un cierto modo y no de otro..."

"Al contrario, nos es preciso hacer penetrar en los cerebros la idea de que todo deberá ocurrir, siempre y en todas partes conforme a la voluntad de los asociados, y esforzarnos por hacer comprender bien la necesidad absoluta que hay de dejar a los hombres en completa independencia de acción. No es ciertamente atiborrando los cerebros de planes preconcebidos, como se los preparará para la educación anarquista..."

"Sistematizar el ejercicio de la autonomía es contradictorio. Libre es el individuo y libre el grupo; nada puede obligarlos a adoptar tal o cual sistema de vida social. Además, nada sería bastante poderoso para imprimir una dirección uniforme a la producción y a la distribución de la riqueza..."

"¿Por qué debe ser el anarquismo comunista o colectivista?"

"El solo enunciado de estas palabras produce en nuestro espíritu la imagen de un plan preconcebido, de un sistema cerrado, y nosotros, anarquistas, no somos sistemáticos, no preconizamos paraceas infalibles; no construimos sobre la arena móvil esos castillos frágiles que el más pequeño soplo del porvenir próximo bastará para demoler..."

"Podremos entonces decir al pueblo: Haz lo que te parezca bueno; agrúpate como te plazca; regula tus relaciones para el empleo de la riqueza del mejor modo según tú mismo; organiza la vida libre como sepas y como puedas... Entonces, bajo la influencia de las opiniones diversas, bajo la influencia del clima y de la raza, bajo la del medio físico y del medio social, se producirá la actividad en múltiples direcciones. Diversos métodos se aplicarán y así, a la larga, la experiencia y las necesidades determinarán las soluciones armónicas y universales de la vida social. Obtenremos por la experiencia, al menos una parte de lo que no podríamos ciertamente obtener con todas las discusiones y todos los esfuerzos intelectuales posibles..."

"En una sociedad como la que preconizamos, la naturaleza diversa obligará en algunos casos a los miembros a encargarse sucesivamente de la ejecución de ciertas tareas. En otros casos será necesario el voluntariado. Será preciso, pues, que un grupo se ocupe en permanencia de dichos trabajos; otros serán ejecutados alterna-

tivamente por diversos grupos. Aquí, la distribución podrá seguir el procedimiento comunista que la abandona a las necesidades o, para decirlo mejor, a la voluntad de los individuos; allá habrá que resolverse voluntariamente a una regla cualquiera, como el racionamiento o algo equivalente. ¿Quién podría pretenderse capaz de abarcar el conjunto de la vida futura?"

"... De las experiencias expuestas deduzco que el porvenir se desarrollará siguiendo un principio general, el de la posesión común o colectiva (los dos términos son equivalentes para mí) de la riqueza, y que, prácticamente, ese principio se traducirá en métodos diversos de producción, de distribución y de consumo, métodos todos de cooperación libre..."

He aquí donde se estaba en 1900 y sobre qué base habría podido continuar desde entonces la discusión y la experimentación libres; la voz de Meila no quedó del todo aislada, — también Voltaire de Cleyre hizo entonces observaciones semejantes en una conferencia dada en Philadelphia en abril de 1901.

La idea anarquista saldrá de su estancamiento presente, del que no examino aquí las diferentes causas. Lo hará por el estudio, la experimentación libre, la discusión cortés y la acción individual y colectiva. Es una, pero sus manifestaciones son necesariamente diversas y múltiples. Hasta aquí solamente se han esbozado algunas en teoría, sin tener los medios de verificación por una experiencia seria. Es ahí donde quedamos aún, es decir, estamos en el principio de una evolución que será larga. Sería fatal que nos detuviéramos allí, dando fe a algunas fórmulas que se creen adquiridas para siempre. Nada mejor desearía yo que lo fueran, pero para ver eso y para llegar al menor resultado nuevo, habrá que dar en fin algunos grandes pasos hacia adelante.

Bajo relieve del viejo Mari

A todos los que amaron al Viejo, a quienes le tributaron admiración y respeto y siguen sintiéndolo vivo en su corazón.

TODO hombre que no padezca miopia moral, que no mire a sus congéneres con entendimiento mope, ha podido hallar en el curso de su existencia anarquistas de carne y hueso, anarquistas de acción —que actúan, que no son meras ficciones. En toda época y lugar, desde que el hombre es hombre, han existido anarquistas, se designaran o no con tal apelativo. Que haya quien suponga que el ente anarquista es un producto de imaginación, sin realidad posible mientras no alcance el ser humano la quimérica perfección de un ser inconcebible por perfecto, no es razón para que cerremos los ojos a la verdad que se nos ofrece a la vista, a los ejemplos vivos de hombres consecuentes con los nobles, justos y factibles ideales manumisores que sustentan, con sus sentimientos humanitarios, con una concepción natural de la libertad: la que considera a ésta concreta necesidad vital antes que idea abstracta de elucubradores ociosos. La existencia del ente anarquista fué siempre y sigue siendo hoy tan cierta como la del tirano y la del servil.

Ejemplo de anarquista tangible, real y efectivo, lo ha sido aquel a quien durante varios decenios, por diversas latitudes, se le llamó cariñosamente, familiarmente, «el viejo Mari» —se apellidaba Mari y era natural de Ibiza (Balears). Este mes —el día 20— se cumple el primer aniversario de su muerte, la cual fué digno remate —a los 86 años y nueve meses— de su vida de luchador infatigable que «sabe morir porque no sabe servir, porque está más allá de todos los poderes» y, el caso llegado, cuando ya la vida de recluso que sufría era muerte sin esperanza de resurrección, aupo, con serenidad socrática, «hacer en el acto lo que hemos de hacer alguna vez».

Hombre sencillo, incapaz de engañar a nadie y cumplidor fiel de lo que prometía, fué sencillo hasta en el morir. Dijo que nos dejaba y se fué, con la conciencia tranquila, seguro de ha-

ber hecho siempre «el menor mal posible por la mayor suma de bien», con un ¡chao! a flor de labios y el sólo pesar de causarnos pena a quienes le amábamos.

Los que le amábamos —los que seguimos amándole en la memoria y eternizándolo en las obras, a las que no es ajena la influencia de las suyas, supuesto que éstas son continuación de aquellas—, todos lo oramos su muerte; pero, en contra de nuestras inconcebibles lágrimas pensamos y sentimos que no debemos llorarlo. Dio cuanto pudo darnos. Se dió por en-



tero a la lucha por el bien de todos. Nos dejó cuando, necesitando de los demás, nada podía hacer ya por los otros, y aun quiso que su muerte, en vez de entristecernos, alumbrara nuestras vidas.

La grandeza moral del viejo Mari residió, sobre todo, en su llaneza. Sencillo por antonomasia, jamás pretendió nuestro Viejo sentar cátedra de nada, ni siquiera de las materias cuyo conocimiento exacto se lo hubiera permitido. Lo que no le impedía, sin embargo, afirmar o negar rotundamente y defender lo justo y lo digno con vehemencia, pues que, estribaba su sencillez precisamente en un íntimo conocimiento de las cosas, en que poseía ideas claras y no le atormentaban dudas sobre lo que él consideraba primordial: justicia y libertad.

Lo admirable, en nuestro viejo Mari, no era su gran edad ni su experiencia, sino la perennidad de su vigor espiritual, de su sensibilidad, de su entusiasmo, de su generosidad,

de su dignidad, de su flexibilidad, de su intransigencia, de su curiosidad, de su pureza, de su afectividad, de su valentía; de su sentimiento de lógica, del de justicia, del de solidaridad; de su grandeza, en fin, jamás desmentida. Era la perseverancia en el ejercicio de sus mejores facultades lo que le daba relieve; la constancia de ese ejercicio a despecho de todas las experiencias lo que le mantuvo joven hasta el fin pese a las arrugas, a la flaqueza física al envejecimiento de su apariencia corporal. Nuestro viejo Mari se reía de los almacenistas de experiencia. «La experiencia —decía— más contribuye a empeorar que a mejorar a los hombres». Nuestro viejo Mari resultó tan excelente camarada para un joven de contadas primaveras en su adolescencia como llegado a ochentón. Esta virtud, expresión sincera de su sencillez, era la que ganaba definitivamente el afecto de toda persona que no fuera mope o perversa.

Ni en los últimos días de su vida dejó de interesarse por la lucha social ni por nada que significara para la humanidad un paso adelante. Nunca se encerró en la cáscara amarga del desaliento o del egoísmo. Nunca negó su mano a quien quiso ponerse en pie. Antidemagogo, antidogmático, anticonservador, ferviente partidario de la acción efectiva contra la opresión, combatió todo género de obscurantismo que, en nombre de lo que fuera, se hiciese a quienes trataron, a lo largo de tantos años de exilio como vivió, de combatir con eficacia al fascismo ibérico. Hasta el último momento prestó calor a todo lo que, por el contrario, significó un intento de reconquistar lo perdido y alentó a cuantos se entregaron con ardor al combate.

Cautivos en los ergástulos de franquilandia, los que recibíamos sus cordiales saludos de vez en cuando, recordándole nos sentíamos reconfortados. Su saludo lo mismo animaba a los presos que a los que andaban recorriendo el ancho mundo. Para el prisionero, su recuerdo era un destello en la oscuridad. Para el caminante, un significativo punto de referencia.

Mientras repulsivas caricaturas de

Volvamos a la tierra

Este es un retazo de tu alma



EIS fueron los Selenucos que, durante más de 300 años gobernaron en el medio oriente de Asiria y Antioquía bajo la dinastía de su nombre, desde la campaña de Alejandro hasta entrada nuestra era.

En este instante, la memoria no precisa si era el seléucida Calínico, Cerauno, Filópater, Nicátor o Epifanes el que nos trae a cuento el recuerdo. Lo que sí registra con toda nitidez es que uno de ellos ha cometido en su ministerio tamañas atrocidades con el pueblo judío, que Plutarco lo desnuda y fricciona con árnica y ácido sulfúrico a placer y regusto de sus epígonos.

Sea por obra de la casualidad o por asociación de hechos, la tradición galaica ha enriquecido su idioma con el término *salouco* que esconde con saudades gráficas y enfrenta al *hipo* castellano, su equivalente en lengua cervantina. La etimología parece provenir de la circunstancia de que Seleuco el aludido era cojo y enclenque como aquel rey que entró en Vizcaya con un pie calzado y otro descalzo, jimoteando e hipando.

Bien es sabido con cuánta unción el pueblo celta rinde homenaje al drama cristiano. La pasión y crucifixión han conmovido hasta en sus fibras más íntimas a las comunidades del norte ibérico. Y aquel suceso revolucionario que tanta influencia ejerció en el mundo actual, siempre me ha inspirado una gran curiosidad. Hasta que pude entrar en el universo del judaísmo, el fenómeno no encontraba fácil explicación. No era posible que se responsabilizara al judaísmo del asesinato del Nazareno, judío él también, sólo por ser refractario renegado a la interpretación de la ley mosaica.

Los cuentos que en torno a este desgraciado episodio han dado la vuelta al mundo en el cerebro de nuestra juventud, forzosamente habían de dejar un sedimento de

curiosidad y de estudio en torno al encuentro de la verdad. Y aún cuando ésta apareció finalmente, siempre las canciones de cuna que nos arrullan dejan algo que nosotros llevamos al sepulcro. Sea porque el temperamento formal lo exigía o por la formación intelectual, las historias de los judíos y sus padecimientos que la iglesia católica inspira, me aferran y ponen los pelos de punta porque en el fondo hay un desgraciado rescoldo de verdad, de cruel verdad que no sólo arranca lágrimas sino que hace brotar la sangre a través de los poros.

Lamentablemente, cada historia inventada, cada canción, cada sentencia llevan en su fantasía una manija segura de la puerta que el hombre ha de llevar por el mundo como casa propia. Y en los tiempos modernos los judíos —no sabemos por qué obra de sinrazón— han de expiar tan graves culpas históricas. Para ello no hay explicación gráfica distinta a la de encontrarse nuestra civilización en estado de animalidad, ya que se conduce por instintos bestiales.

Como institución, desde los tiempos bíblicos el pueblo judío anduvo a puntapiés delante de la historia. Desde el éxodo, todos los verdugos del mundo se han creído en el derecho de golpearle un poco cual si se tratara de cosa común. Aherrojado de un suelo que históricamente había tenido por patria (no patria) ha recorrido el universo terráqueo en un viaje de muchos siglos en las peores condiciones de convivencia social. En ese trotar fue perdiendo algo de su originaria personalidad al contacto con pueblos del medio oriente, con las comunidades del imperio romano y con aquellas entidades del mundo latino y del mundo árabe que formaron a ambas márgenes del Mediterráneo y del Adriático, desde Constantinopla hasta Ceuta. Otros se expandieron con distintos rumbos, aguzado el ingenio y la imaginación encendida para resistir los empujones de los bárbaros que reinaban en las grandes naciones de entonces hasta hoy.

Pero, el imperio bizantino y su cultura han dicho ya su palabra hace algunos siglos y desde allí pudo el judío, como institución, imponerse utilizando el razonamiento. Si bien no tuvo hasta hace poco un lugar de residencia histórica recuperado, en rigor impuso su característica y firme voluntad de alcanzar lo que el hombre se propone. Sin embargo, esta ascensión ha costado mares de sangre que la mentalidad humana pronto olvida, pero nunca está demás recordar que Alemania occidental está abonando al estado de Israel determinadas sumas de dinero en concepto de reparaciones de carácter moral como una especie de redención de culpa del pueblo alemán por exterminio de tantos millones de judíos por parte de las hordas nazis.

Quien haya leído «El príncipe Serebryani», de Alexis Tolstoi habrá experimentado un sentimiento de horror ante el relato de los progroms ejecutados por la cosacada rusa al servicio del zarismo. El «Taras Boulba», de Nicolás Gogol no tiene punto siquiera con la cruda realidad expuesta por Alexis Tolstoi en un régimen policial sobre el que dormía el imperio. Los progroms que para exterminar al judío llevaba a cabo la *potada* rusa, ejecutada como un deporte trae al recuerdo las francachelas del trece español con su guerra de Marruecos y su «vivan las caenas», cuando el desastre de Annual.

hombres —decrépidos ancianos que nunca fueron mozos y jóvenes que sólo tienen la apariencia de tales— se revolían en la porquería de su exclusivo egoísmo, de sus más bajos instintos bestiales, el viejo Mari se elevaba sobre sí mismo ayudando a los otros, donando al mundo la riqueza de su humanidad y los frutos de su constante esfuerzo en mejorarse. Así fue grande y una aureola de nobleza embelleció su vejez, en tanto que aquellos morían causando asco o no dejando tras de sí ningún afecto.

Así, ahora, ante quienes lo hemos conocido y admirado, su figura se proyecta como incontestable realidad anarquista, su vida como excelente ejemplo a tener presente.

Liberto SARRAU



Estos judíos golpeados por la historia, esculpidos por la indecencia humana y apaleados por todos los verdugos reaccionaron en la persona de Schwartzmann que ultimó en París, hace algunos años, al general Petlura, atamán zarista que había ejecutado varios progroms. Parte de estos judíos que hace medio siglo han huído de Rusia para trabajar la tierra en la República han relatado sus penurias y triunfos en un libro denominado «Pioneros» en homenaje a esa circunstancia de la constitución de las colonias judías en la Argentina.

Otra historia que parece cuento

Cuando políticamente la República Argentina terminaba en Bahía Blanca, ya existía gente que en la Patagonia trabajaba la tierra.

Era José Menéndez, agalludo asturiano de pelo en pecho que al poco de ingresar al país se radicó en una chacra de Necochea. Con los días y los meses, cayó por su tranquera un indio, bastante bien apuesto. Solicitó alimento y alternaron luego en animada conversación. Venía del sur, del confin de la tierra sin dueño, que pisaba el indio. Simpatizaron y las preguntas se sucedieron a las respuestas. El indio se lamentó de que Menéndez tuviera problemas en su pequeña chacra y le recomendó que se fuera al sur y utilizara toda la extensión que quisiera.

Le dió indicaciones y recomendaciones y desapareció. Menéndez cargó sus trastos en un carro, sobre ellos depositó su mujer y dos hijos, una jaula con gallinas y algunos viveres. Unció los caballos y echaron a rodar. Dos años demoró José Menéndez en llegar a la Patagonia e instalarse. No compró la tierra. Echó un vistazo al horizonte y allí clavó un poste imaginario. Hizose amigo de los indios y esperó tranquilo por la conquista del desierto. Así construyó su imperio geográfico como final de cuento fantástico si José María Borrero no hubiera escrito «La Patagonia Trágica», como consecuencia de los tristes sucesos de Santa Cruz.

Circunstancias vinculadas con el sustento diario, me identificaron con José Resnicoff, Pedro Levinstein, Pinjos Pinjosovsky, Federico Zurbrigk y cien más, integrantes de las primeras expediciones que desde Rusia llegaron a la Argentina. Durante más de seis lustros seguí su evolución de trabajo y costumbres y de ahí que la aparición de este libro descarnado, sin afeites literarios y con pocos antecedentes históricos, reviste un interés particular porque relata vidas de personas con las que he alternado. «Pioneros», equivale a precursores de un nuevo descubrimiento geográfico y político para aquellos centenares de hombres arrancados a la muerte y que, sin ser dueños siquiera de sí mismos, porque venían consignados casi como esclavos a la Jewish Colonization Association, con el curso de los años poblaron e hicieron fructificar un sector del suelo inhóspito, desolado, hasta entonces barrido por los vientos y el cardo ruso.

Poco se dice en favor humanitario del Barón Hirsch que, frente al exterminio de millares de miembros de su raza, optó por comprar tierras al Estado Argentino y hacer transportar e instalar por su cuenta a los integrantes de las primeras colonias. No lo hizo por principio de solidaridad, sino por una finalidad comercial poco altruista. La compensación estuvo en robarle a la muerte cientos de vidas que la incomprensión hubiera degollado. El Barón vio la oportunidad y encontró un material humano barato por lo necesitado. Plantados sobre un suelo que volaba por los vientos, sin otros recursos que el peso de sus magros cuerpos, las comunidades han debido valerse por sí mismas, prendidas al arado cuando no a los cardos, construyendo pozos para agua como Wischnivetzky y casas como Stezovsky utilizando cajas y cuanto material de humilde faena pudo conseguirse. Y con el curso de los años, el suelo arenoso erosionado por los vientos, se quedó quieto a la sombra de los árboles, durmiendo la siesta en tanto las lluvias se hicieron más frecuentes.

Y desde Rivera, a Huergo, Rolón, las colonias se extendieron hasta Avestruz, Villa Alba, Jacinto Aráuz, Leubucó y el Cuatraché de Calfucurá, en las tierras desérticas que evoca Lucio V. Mansilla en aquel memorable «Viaje a los Indios Ranqueles».

Cuanto ha costado crear una conciencia para rememorar en este libro las peripecias de medio siglo de trabajos heroicos y de padecimientos, lo dicen sus páginas que no son factura a lo realizado, sino informe de perseverancia y tesón humildes confiados en el infalible éxito del trabajo creador. Muchos de ellos han muerto en plena tarea, cual soldados; otros se han desperdigado a colonias ubicadas al otro extremo de la República, como en Entre Ríos y todos juntos que Alberto Gerchunoff, oriundo de la misma familia inmortalizó en su libro «Los gauchos judíos».

La línea fronteriza de la Provincia de Buenos Aires y La Pampa, allí mismo hasta donde antes pocos habían llegado, se vió enriquecida por la presencia del hombre, de este hombre que vino de lejos con un deseo de construir su casa y olvidarse del pasado, cansado como estaba de tan largo exilio. Los pueblos circundantes se habituaron a su presencia y engrandecieron con la actividad, en todos los órdenes de la vida, de igual modo que años después habían de repetir el fenómeno en tierras de Israel.

El poder de la libertad está evocado en este libro por varios conceptos singular, ya que no impone un «convenimiento», sino que sirve de testimonio de medio siglo de trabajos. En este intermedio, la tierra dió muchas vueltas sobre su eje. La revolución rusa de 1905 fracasada, resultó triunfante en 1918. Dos guerras tremendas anegaron la tierra en sangre. El desenfreno patológico de ciertas taras floreció en algunas especies animales y llanto y terror nos persiguen todavía. Todo pasó en tan corto intervalo y hasta el recuerdo se va esfumando en el olvido de lo que pasó.

Este libro nos recuerda algo de cuanto se hizo sin otros elementos que la nada: la ilusión. El afán de triunfar, de erguirse, de tener hijos y educarlos, de abrirles un camino hacia el porvenir menos espinoso que el recorrido. Y hombres que antes habían tenido profesiones distintas, se prendieron a la manera del arado, ordeñaron las vacas, uncieron los caballos, se hicieron gauchos como Elias Schneider uno de los redactores de este libro que fué peón, trabajando en distintas colonias, luego se destacó como domador de potros en esa ruda y arriesgada tarea mas que no le impidió formarse una mentalidad intelectualmente sólida y rica como lo demuestran varias narraciones suyas sobre el ambiente.

Dejando de lado las aberraciones que en materia cultural pretendía imponer la Jewish Colonisation Association, ellos han resuelto el problema de la enseñanza en tan alejado lugar de la capital federal, merced al ministerio con que desempeñaron tal misión hombres de la talla de Pinio Katz, Salomón Resnik y Moische Pinchevsky «pioneros de la cultura judeo argentina, conocidos en el mundo judío» y fuera de ese ambiente, tan luego Salomón Resnik que es uno de los mejores traductores sobre todo del alemán que ha tenido el país. La Jewish Col. Association consideraba que cuan menos cultura tuviera el colono mejor sería. «Para arar, sembrar, cosechar, ordeñar y alambicar no necesitaba grandes conocimientos. Y los pocos que adquiría debían a oler a tradición cavernaria. Si no pudo imponer sus conceptos en la enseñanza, no fué por falta de vigilancia, como tampoco fué culpa suya no haber podido imponer sus ideas a los colonos. Las colonias judías nunca fueron ghettos. Estaban abiertas a todas las influencias renovadoras. El cálido aliento de las ideas universales irrumpía estrepitosamente en el medio campesino, destrozando el medioevo en las escuelas y en el ambiente en general. Los niños crecían en un medio libre de ataduras ancestrales y ningún programa trazado en los sectores aristocráticos de París o Londres iba a frenar su desarrollo».

Cuadros filodramáticos, bibliotecas, conferencias, cooperativas, escuelas, fueron surgiendo de la nada. Los primeros bachilleres han egresado ya en 1955, merced a esa fuerza de voluntad que caracteriza al judío, sea como colono, mercachifle o buscavidas. Hombres como Francisco Loewy, joven, culto e inteligente que había llegado a la Argentina luego de haberse salvado de las garras hitleristas, huyendo de Alemania; Aarón Fiksel y Bernardo Hirschoren, redactores también de este documento, han animado esa obra de conjunto y encendido los fuegos de la libertad en estos seres humanos curtidos por las tempestades y las privaciones.

En el campo de la cooperación, las colonias tomaron ese medio de defensa como elemento de lucha contra «la rapacidad capitalista». Bajo este aspecto ha sido apoyada. «Pero el crear la ilusión de que la institución cooperativa en general representa la meta de las aspiraciones campesinas, es falso. El cooperativismo no batirá al capitalismo. Y cuando las cooperativas se plantean esa perspectiva están sembrando utopías. El ideal cooperativista tiene más de un siglo de existencia. En parte alguna ni en ningún país el movimiento cooperativista puso en peligro al capitalismo o a un gobierno capitalista. El capitalismo en sus instancias supremas, no combatió nunca al movimiento cooperativo, porque éste no representa para él ningún riesgo ni le reporta mayor perjuicio». Tal fué la experiencia.

En cuanto al valor de la tierra, «antes de que afluyera la amplia corriente inmigratoria de decenas de millares de familias campesinas», éste era muy escaso. Se valorizaron «al ser regados por el sudor humano. La corriente colonizadora prometía grandes beneficios». La oligarquía no se equivocaba. Latifundistas y políticos orientaron la

masa inmigratoria hacia estos suelos pobres para incrementar la demanda de tierras y valorizarlas. Los dueños del país son grandes oligarcas que poseen enormes latifundios que pasan en herencia de padres a hijos». Y nadie podrá ofrecer pruebas históricas de que esas extensiones heredadas fueron obtenidas gracias al sudor de las frentes y a las manos callosas de sus propietarios. La historia del latifundio es una historia de saqueo y robo. Y mientras esas tierras robadas no sean arrancadas de manos de sus falsos propietarios y distribuidas entre los millones de trabajadores agrícolas, el país no podrá salir de su atraso y los campesinos no podrán resolver su crónica situación de crisis. Mientras la agricultura argentina siga sufriendo de escasez de tierras, por una parte, y de latifundios ilimitados, por la otra, no habrá solución para la cuestión agraria, que ya está conmoviendo sus instituciones.

Tal las inquietudes de los hijos de aquellos hombres aherrajados a latigazos de su suelo natal y lo que han creado en medio siglo de sacrificios. Económicamente habiendo, hicieron florecer y fructificar las arenas voladoras. Abrieron caminos y calles a través de los cardales e hicieron rodar sus carros de dos ruedas; transformaron la tierra en masa de adobe y construyeron casas para sus hijos y para los hijos de los otros; se esforzaron por criar hijos y educarlos en los principios de la libertad interpretada a su manera, pero libertad sin ataduras y algunos de aquellos descendientes hoy son ministros.

Y esto hicieron mis amigos los viejos y nuevos judíos, entre los que cuento a zapateros, herreros, mosaístas, plomeros, periodistas, escritores y toda la gama andante y volante de la artesanía revolucionaria.

CAMPIO CARPIO

«¿Es posible la Anarquía? No hay que empeñarse en el absurdo. Hay anarquistas, luego puede haber Anarquía. Ni son la filosofía libre los deseos de igualdad privativos nuestros. Nuestra composición anímica y fisiológica es pareja a la formación de los demás seres, y lo que nosotros en bondad y equilibrio social sentimos, los otros, previa inducción lo pueden igualmente sentir. Se trata de un problema de paciencia, de vocación y de persistencia, y no de representar el mísero dramón del tímido Pousy Pages.»

Juan FERRER

¿De la discusión sale la luz?

De la discusión no sale la luz, sino que con ella nos adentramos en el terreno pantanoso donde moran las tinieblas.

Raúl Carballeira

NO por conceptuarnos anarquistas, dejamos de ser hombres, con las mismas virtudes y defectos que tienen los demás. El inolvidable compañero Raúl Carballeira —un joven alegre y optimista, más de acción y movimiento que amigo de discusiones—, escribió una vez en Ruta de Barcelona, un sesudo trabajo bajo el mismo epígrafe que encabeza las presentes líneas. Lo hizo a raíz de un extenso combate de palabras que sostuvimos en un Pleno de las J.L.L., entre los blandos contemporizadores de la hora y los que defendíamos la honrosa posición revolucionaria y principista de nuestro movimiento.

Y con todo y haber ganado la batalla a quienes pretendían que los únicos que habiendo tenido la intuición o lo que fuese de no contraer compromisos denigrantes con nadie, los contrajésemos, Raúl quedó de tal manera impresionado con aquella inútil y acalorada discusión que nos manifestó sus sensaciones y el deseo de escribir al respecto, tal como lo hizo, aún cuando sólo fuese para descargar de su ánimo la abrumadora tensión que el inusitado derrame de fraseología le había producido.

Es posible que ya con anterioridad tuviese el propósito de aclarar su pensamiento sobre las discusiones entre compañeros, pues será de una sensibilidad que no admitía el derroche de energías sin un fin premeditado y conveniente. Pero lo cierto es que el trabajo en cuestión resultó magnífico y fué debidamente calibrado por la juventud, como lo merecía. Tal fué así que tuvo la virtud de hacer menos frecuentes los alegatos entre nosotros, como no fuese en casos extremos y ya de todo punto inevitables. Y desde entonces, era de notar en nuestras reuniones que en el momento más culminante y pertinaz, siempre había alguien dispuesto a lanzar al aire la famosa frasecita: «¿De la discusión sale la luz, compañeros?», lo cual era motivo suficiente para calmar las mayores asperezas y llevar a buenos términos constructivos, los más agudos debates.

Por nuestra parte, pretendemos ahora llevar a cabo algunas disquisiciones sobre tan importante tema, con la sincera intención de actualizarlo a fin de que los compañeros ten-

gan presente la conveniencia de evitar toda clase de discusiones propias o ajenas.

En cierto grado y sobre lo mismo, el pensamiento de Carballeira se complementaba con el de Durruti, cuando éste decía: «Al enemigo no se le discute; se le combate». Pues según todas las experiencias posteriores nos lo han confirmado ampliamente, tanto la una como la otra, son afirmaciones totalmente indiscutibles.

Y si estamos ciertos de que entre nosotros no existen enemigos, ¿qué ganaríamos con combatirnos con tozudas discusiones que bien podrían transformarnos en lo mismo que deseamos ahuyentar, poniendo escollos y aún pulverizando nuestro armónico laborar ideológico?

Ni el enemigo ha discutido jamás sus posiciones ni sus planes con nosotros, ni nosotros debemos discutir los nuestros con el enemigo. Muchísimo menos debemos hacerlo entre miembros de una misma familia libertaria. Y en cuanto al combate se refiere, ya sabemos para quien está o debe estar exclusivamente reservado. La discusión, en cualquiera de los casos, está fuera de lugar, y sólo sirve para hacer perder una cantidad de tiempo y energías que bien se necesitan para otros menesteres más dignos de atención.

Y a propósito de esto se nos ocurre recordar aquí unas frases textuales de Federico Urales que se encuentran en su excelente folleto: «La Religión y la Cuestión Social». Dice así: «No hay saber bastante en el saber humano, el único saber que existe, para apreciar los grados de intelectualidad que media del absolutismo más liberal al conservador más reaccionario; del conservador más avanzado al liberal más conservador; del liberal más democrático al republicano más reaccionario; del republicano más radical al socialista más moderado y del socialista más furibundo al anarquista. Y sin embargo, de la idea anarquista a la absolutista el pensamiento ha de recorrer enorme distancia...» Así se expresaba Urales sobre las ideas y principios en general. ¿Pero qué nos dice sobre las ideas y principios sustentados entre anarquistas? Veamos: «Siempre he creído que la mejor manera de abonar un ideal

consiste en sustentarlo con dignidad, y, consiste también en algo más, en no hacer de la idea una bandera de discordia y de malquerencias...» ¡Sabías palabras son éstas que haremos muy bien en no olvidarlas, pues con ello nos evitaremos más de una disputa, producto muchas veces de simples malos entendidos ocasionados por las discusiones!

Nos parece que toda discusión entre nosotros es absurda y lo que es peor, estamos ciertos que de la discusión, como afirmaba Carballeira, no sale ninguna luz, sino que ella es causa principal de todas las tinieblas, de todas las cerrazones y del mayor entorpecimiento de actividades sanas. No es que esto quiera decir que se ha de coartar la palabra a nadie que tenga deseos de manifestar cualquier opinión sobre no importa qué problema. Lo que debe evitarse es la contradicción sistemática; porque el pensamiento libre y despejado, la meditación en medio de una atmósfera benevolente y apacible, logran captar mil veces mejor lo esencial de cuanto se plantea que si las opiniones son lanzadas como a voleo y rebatidas acaloradamente en medio de una discusión desquiciadora que hace el efecto destructor y catastrófico de una pedregada sobre un viñedo exuberante o cosa parecida. Esta forma de proceder incontrolada, representaría un error de bulto que con mucho tino se trata de superar entre nosotros, pues, aparte de no aportar ni adelantar nada, se malograrían unas condiciones de resolución y armonía que sólo facilitan la atención callada del pensamiento acogedor. No importa cuán distinta sea nuestra opinión sobre un problema, si nuestro pensamiento no se apoya en argumentos adecuados o si nuestro auditorio es incapaz por cualquier causa de captar la razón que nos asiste, por muchas energías y denuedo que gastemos en discutir afanosamente, jamás lograremos variar ni un ápice del resultado final de nuestros propósitos.

Por otra parte, si la experiencia nos demuestra que discutir con el enemigo es un absurdo —¿para qué andarse con rodeos si el único idioma que él reconoce como válido es el del combate directo y sin contemplaciones?—, también nos demuestra que es tan di-

fácil discutir sin combatir, como combatir así, en frío, sin previa disputa. De lo que se desprende que entre discusión y combate, apenas si existe un pequeño espacio que sirve como para respirar y hacer un plan de peleas contundente y eficaz. ¿Qué necesidad tendríamos entonces de andar discutiendo, ni de combatirnos entre nosotros mismos? ninguna; porque discusión y combate entre amigos y compañeros —lo mismo que entre amigos y enemigos—, son una misma cosa. Y por cierto que son algo completamente distinto al diálogo y a la exposición de pareceres, argumentos y opiniones. Hace tiempo, muchos años, que hemos llegado a la conclusión de que nuestras energías combatientes debemos reservarlas, sólo y exclusivamente para la barricada. Otra clase de pelea, entre nosotros, nos haría el mismo efecto que si estuviésemos lanzando manotazos en el aire.

Todo lo dicho puede ser aplicado, sin mayores variaciones, a la contro-

versia o polémica de prensa. Por muy bien orientadas que se llevasen desde el principio, casi siempre descenderían al pantano de la discusión, hermana consanguínea del combate, donde morirían asfixiadas, sin pena ni gloria. Por lo demás, ¿qué finalidad podría tener también entre nosotros, por ejemplo, enfrascarse en una tremenda discusión polémica sobre si el enemigo —el Estado opresor—, es más o menos malo en ciertas partes o si este mismo Estado merece alguna parte de nuestra consideración y respeto? ¡Tan sólo un lamentable desgaste de energías que un día necesitaremos para librarnos de ser aniquilados por el enemigo! Y no hay que olvidar que para llegar a esos extremos polemizantes, es obligado terminar las más de las veces por abrir una zanja entre hermanos de ideas, difícil de reparar, y siempre perjudicial para los contendientes que harían muy bien en explicar todo su pensamiento por su cuenta y riesgo, sin necesidad de entablar lides que no conducirían a

nada, que nada aclararían, pero que a la corta o a la larga, todo lo obstaculizarían con la tensión tormentosa que se forma alrededor de la disputa. Y menos mal cuando los contendientes son lo suficientemente sabios como para salirse a tiempo «por el foro» y dejar las cosas como estaban o «a cada uno con sus trece», pues de lo contrario... ¿quién puede prevenir los resultados finales de una discusión?

Terminemos repitiendo y afirmando que nuestras tribunas, tanto de palabra como por escrito, están y deben permanecer abiertas para todas las opiniones, por extrañas que parezcan y siempre y cuando no sirvan de caballo de batalla en favor del enemigo; mas lo que debe precaverse a toda costa es la práctica sin sentido de la discusión, pues, como decía nuestro gran Raúl: «De la discusión no sale la luz, sino que con ella nos adentramos en el terreno pantanoso donde moran las tinieblas».

Cosme PAULES

ESPAÑA ES ASÍ

Entre los numerosos testimonios de simpatía que España, la nuestra, recoge, ha de contarse el que expresan las siguientes líneas sobre el gran cómico que es Pierre DAC publicadas en «Jours de France» y que transcribimos a continuación:

«Yo, que soy cómico de profesión, durante la ocupación de Francia por los alemanes he vivido situaciones muy trágicas. Atravesar dos veces los Pirineos, en 1941 y 1943, cuenta entre los momentos más remarcables de mi existencia.

La primera vez me detuvieron al llegar a Barcelona y fui encerrado en la Cárcel Modelo durante cinco meses. Devuelto a Francia tuve ocasión de comparar el régimen español con el de la cárcel de Perpiñán.

Por fin un día me dejaron tranquilo; obligado simplemente a cambiar de retiro a cada momento, prevenido por los amigos, desaparecía para reaparecer de nuevo.

Este juego de escondito duró hasta que volví a pasar la frontera española, mes de marzo de 1943, en condiciones infinitamente más duras que la primera vez.

Imaginadme calzado con alpargatas a 2.000 metros de altitud cuando caía rabiosamente horrible tempestad de nieve.

¡Ya no existen los Pirineos! había dicho Luis XIV.

Dos días de marcha con alpargatas en la nieve seguramente que le hubieran hecho cambiar de opinión.

Llegado al final... naturalmente se me detuvo para que conociera las dulzuras del nuevo régimen: el de una cárcel de Extremadura. Otros cinco meses de paciencia y por fin pude embarcarme en Portugal con destino al África del Norte y de aquí a Inglaterra.

La solidaridad que he encontrado en las prisiones españolas da todo el sentido a estas aventuras pirenaicas que han quedado grabadas en mi memoria. El servicio de la cárcel en Extremadura estaba asegurado por prisioneros republicanos españoles que, al serles conmutada la pena, habían tenido la suerte de escapar a los piquetes de ejecución fascistas. A dichos prisioneros les debo el que yo no me haya muerto de hambre. Compañeros de una misma causa ayudaron materialmente y moralmente a los franceses prisioneros.

En circunstancias como estas es reconfortante ver hombres que dan pruebas de serlo mostrándose tal como son.

Por ellos, el recuerdo de aquellas horas sombrías estará siempre soleado.

Pierre DAC

MALTHUSIANISMO NEO-MALTHUSIANISMO Y SOCIALISMO

A CABO de leer el libro «La Pobreza», del doctor Jorge Drysdale, con un prefacio del señor G. Hardy, lo más completo que he leído sobre las teorías malthusianas. Y no obstante, no estoy de acuerdo en muchos puntos con el sistema que el libro expone.

Al pretender, como pretenden ambos escritores, que la ley de Malthus ejerce su imperio en todas partes, tanto en los países poco poblados como en los muy poblados, los malthusianos evitan pronunciarse sobre este punto que me parece sin embargo fundamental: ¿Los países poco poblados deben atenerse a su población actual o deben aumentarla a condición de regular su crecimiento sobre la progresión de las subsistencias? ¿Y los países muy poblados deben conservar su población tal como es en la actualidad o hay que aconsejar-

les que disminuyan la densidad?

No es fácil hallar una respuesta a esta pregunta. En efecto, además de que presentemente la observación no enseña que la miseria sea más fuerte en los países de población muy densa que en aquéllos en que esta densidad es muy débil, hay una consideración que no conviene perder de vista.

Una sola pareja que habitara un territorio tan extenso como Francia, sería muy desgraciada, puesto que se vería obligada a confeccionarse ella misma todos los objetos de que tuviera necesidad y por esto se encontraría en la imposibilidad de aprovecharse de los beneficios de la división del trabajo.

No dificultada por nada su expansión, esta pareja no tendría que temer la llegada de numerosos hijos. Al contrario, como que estos hijos le

permitirían dividir el trabajo, sin que ninguno de ellos, por numerosos que fuesen, tuviesen que temer la falta de capital indispensable a su industria, tendrían por efecto acrecentar la producción relativa en lugar de disminuirla. Para estos nuevos Robinsóns la ley de Malthus quedaría sin efecto. Serían las subsistencias las que se adelantarían a la cifra de los habitantes, y desde el instante en que el hombre no se limitara, al modo de los salvajes, a la pesca, a la caza y a la cosecha, consagrándose, al contrario, a un trabajo industrial que satisficiera sus necesidades, no habría motivo para una acción preventiva por su parte ni para una acción represiva por parte de la naturaleza.

Esto no es solamente verdad para una pareja primitiva y única. Si mañana Inglaterra, Alemania o Francia perdiesen tres cuartas partes de sus habitantes, los medios de transporte pesarian de modo grande sobre cada individuo, porque de una parte su coste de instalación y conservación se repartiría sobre un número menor de personas, y de otra parte su tráfico disminuiría. De igual modo las máquinas tendrían un empleo menos ventajoso porque el excedente de producción utilizable no compensaría su precio.

Más tarde la situación cambiará... pero únicamente más tarde... mucho más tarde...

De esta doble observación resulta que para cada país, proporcionalmente a su facultad productiva — y esta misma facultad productiva se modifica a medida de los descubrimientos científicos y de las industrias que éstos engendran — existe una cantidad de población que es más ventajosa, que da el máximo de bienestar a los habitantes, y tanto por encima como por debajo de esta cifra, es imposible descender o subir, en igualdad de cosas, sin por esto mismo colocarse en condiciones menos favorables.

Nuestra época es de desorden, caó-

SIEMPRE HA SIDO ASI

Una opinión de Eduardo Herriot

«...Ciertamente, nosotros tenemos muchos enemigos en España. Los españoles no pueden creer que lo ignoremos. Los carlistas o tradicionalistas son germanófilos por principio y por interés. Alemania tiene sus diarios tras los Pirineos; diarios completamente de ella; ella da órdenes; ella reina en dueña y señora, sin pudor; y en vano los españoles se elevan contra esta toma de posesión brutal y cínica. Todos los absolutistas, todos los antiliberales, todos los partidarios de la potencia temporal del papa — y la desgracia para España es que hay muchos de esa especie —, todos los restauradores de privilegios bendicen cada día al divino Kaiser. Poco importa que sea protestante. Es un déspota y con ello basta.»

«¡Pobre pueblo español, al que se le sirve este alimento de infamia que envenena los espíritus! Que el «Correo Catalán» nos injurie, es su trabajo. Que el «Siglo Futuro» busque a congraciarse con Berlín, no hay más que compadecerle. La Francia republicana y liberal no debe hacer caso a los anatemas de los fanáticos de la Península. Mas en España hay nobles espíritus que siguen con simpatía el esfuerzo heroico de nuestros ejércitos. Su imparcialidad nos bastaría; su cordialidad nos emociona.»

«Cuanto más desconocidos somos de los unos, más debemos agradecer a los que fieles a ellos mismos, nos aportan la ardiente protesta de su caballerosidad.»

Esto escribía Herriot el 8 de mayo de 1916.

La acción desplegada por «los españoles nobles de espíritu» reflejada 18 años después en el monumento de Annecy, confirma las palabras de Herriot.

tica. Es en virtud de los medios represivos que emplea la naturaleza, o por los medios preventivos que ponen en práctica los individuos, que la población llega a su menor caudal. Esto se produce espontáneamente en la inconsciencia universal. Allí donde la población parece haber alcanzado su límite deseable, se detiene; donde no se detiene, el excedente de su población se vierte por los países extranjeros en virtud de un fenómeno análogo al que en física se conoce con el nombre de «principio de los vasos comunicantes». Allí donde no se logra este límite, la población continúa creciendo sea sobre su mismo terreno o por la inmigración, y de cualquier modo que sea, a través de sufrimientos de toda clase nuestro planeta se encamina poco a poco hacia el número de habitantes que le es adecuado.

Si en nuestra sociedad individualista se practicara el malthusianismo en todas partes, no veo bien por qué proceso se cumpliría el aumento del número de individuos en aquellas comarcas en que esto fuese útil. ¿Quién desearía tener cuatro o más hijos en lugar de tres, o en circunstancias opuestas, tener dos en lugar de tres?

Si al malthusianismo no se le hiciera preceder de una previa transformación de la sociedad, levantaría por consiguientes grandes objeciones.

Y sin embargo, la ley expuesta por Malthus y sus discípulos es verdadera. No es dudoso que la población no posea una tendencia a crecer según una progresión geométrica en razón elevada, mientras que el acrecentamiento de las subsistencias obedece a una simple progresión aritmética en razón (1) relativamente baja. Malthus ha dado una prueba de esto y nadie ha podido refutarle. Por lo demás, aunque esta prueba no se hubiese dado, aunque la falta de proporcionalidad señalada por Malthus entre las leyes que regulan el aumento de la población y de las subsistencias no existiera en la realidad, el problema quedaría por esto resuelto. Una limitación del número de habitantes de nuestro globo se impondría de todos modos, puesto que no siendo ilimitada su superficie, su población no puede crecer indefinidamente. Si el número de los seres — hombres o animales — que viven en la superficie de nuestro planeta fuese aumentando siempre, llegaría un momento en que

no habría en su superficie, no diré ya bastantes viveres para alimentarlos, sino que ni terreno para contenerlos.

..

Es verdad que H. Spencer ha imaginado no sé qué antagonismo entre el desarrollo de las funciones cerebrales y la fecundidad, antagonismo que resolvería la dificultad por su proceso fisiológico y sin la intervención de la voluntad. Pero esto es una idea del todo apriorística que no descansa de modo alguno sobre ningún fundamento serio.

No formulamos las leyes que rigen los seres, sino porque hemos visto miriadas de estos seres y que, salvo los casos accidentales en que su vida se ha visto cortada antes de tiempo, se reproducen los mismos fenómenos. Ahora bien, no conocemos más que una humanidad, la nuestra, pues que en el caso de que existan otras en las demás estrellas, nosotros las desconocemos, y la nuestra parece que apenas si sale de su infancia. No podemos, pues, prejuzgar nada de su porvenir. Todos los razonamientos por los cuales nos esforzamos en deducir su vida futura de su vida presente o pasada, no pasan de ser extrapolaciones, y los matemáticos saben muy bien cuán inciertas son las conclusiones resultantes de las extrapolaciones. Tenemos la certidumbre

de que en el individuo, sea cual fuere su especie, la facultad creadora pierde intensidad con la edad para desaparecer del todo finalmente. El rigor podría ser que ocurriera lo mismo con la especie, y esto es lo que supone Spencer. Pero nada hay que demuestre que así sea; no es más que una conjetura que los hechos podrían contradecirla. Y en una materia de tan gran importancia como la que nos ocupa, sería absurdo escudarse en una hipótesis no demostrada para eludir fácilmente la cuestión al modo de aquellos filósofos que han imaginado la inmortalidad del alma para evadirse de la obsesión de la muerte.

Es verdad que podría considerarse también la ley de Malthus como una extrapolación en lo que concierne al porvenir. Pero las extrapolaciones conducen a resultados tanto más cercanos de la certidumbre cuanto más determinada ha sido la curva sobre un gran número de puntos ciertos, y no se puede legítimamente comparar una ley basada sobre la experiencia universal con una simple afirmación que no se apoya sobre ningún hecho patente, por grande que sea la legítima autoridad de su autor.

No es, pues, posible, afirmar un antagonismo físico entre la cerebralidad y la sexualidad. El único hecho real es que las personas cerebralmente muy desarrolladas, sea cual fuere el

PRINCIPIOS

RAZON Y PASION

T ODAVIA no está claro el asunto de si la razón (facultad intelectual) y la pasión (facultad moral) tienen o no un mismo origen y si están llamadas a conducirse indistintamente, antagónicamente, en la naturaleza humana.

Es vieja la polémica entre el alma (o ánima) y el intelecto, entre el corazón y el cerebro. Para los materialistas a palo seco no existe más que el segundo; para los racionalistas puros el ser humano es una máquina movida por la « fuerza » invisible, incorpórea, dinámica, del ánimo cuyo mejor exponente es la voluntad.

No vamos a meternos ahora en la camisa de once varas de esta secular controversia metafísica con afán pretencioso de sentar una conclusión. Mal pueden transportar las hormigas lo que, por su enorme volumen y peso, no pudieron los mismos elefantes. Pero si podemos divagar en torno a la utilidad o perjuicio que nos brinda en nuestras relaciones, actividades militantes, o simple vida familiar, el uso de esos dos elementos se-

(1) En su sentido matemático.

sexo, dejan de engendrar voluntariamente con exceso porque los instintos paternal y maternal, que son de orden animal, retroceden ante las necesidades intelectuales, que son de orden esencialmente humano.

El descubrimiento de Malthus es, pues, a la vez que irrefutable, considerable. Nos ha revelado un principio a cuya luz deben estudiarse todas las reformas sociales. Es una piedra de toque que permite rechazar, sin temor de equivocarse, todo sistema que no sea para resolver las dificultades que le son inherentes. Pero por sí solo este descubrimiento no es bastante para resolver el problema social.

Este problema está muy lejos de tener una solución simplista, y la escuela malthusiana cae en error de solución simplista cuando pretende suprimir la miseria diciendo a los trabajadores que limiten su procreación y se atengan a esto, de igual modo que los socialistas se exponen a las críticas mejor fundadas cuando se limitan a atribuir la causa del mal únicamente a la forma social, negándose a tener en cuenta los argumentos de los malthusianos.

Si mañana, por un golpe de varita mágica, quedase abolida la propiedad individual de los medios de producción; si el trabajo material fuese universalizado y reducida su duración; si las ruinas engendradas por la competencia cesasen de empobrecernos

sin que de ello resultase una disminución de la emulación productora — cosas todas que, salvo golpe de varita, yo juzgo posibles; — y si, en el momento en que todas esas transformaciones se operasen no viniesen disturbios momentáneos a contrabalancear sus bienhechores efectos, la consecuencia de todo esto sería un inmenso aumento de bienestar. Y no obstante, no todo estaría dicho y hecho.

Bastaría, en efecto, que aprovechando este inmenso aumento de bienestar las mujeres se pusiesen a infantar sin medida, para que antes de un siglo la miseria se dejara sentir de nuevo. Y como allí donde no hay sitio para todos, es natural que los más fuertes se apoderen de los medios de vivir privando de ellos a los demás; como la acaparación de los productos es para ellos el único medio de asegurar su existencia en detrimento de los demás, esta acaparación no tardaría en manifestarse. Vendría, por consiguiente, la reconstitución de la propiedad privada con su natural cortejo el banditaje y nada quedaría de la bienhechora transformación efectuada un siglo antes.

INSUFICIENCIA Y PELIGRO DEL MALTHUSIANISMO

He aquí el escollo del socialismo si no tiene en cuenta la ley de Malthus. Pero derribar la hipótesis tratando

de suprimir la miseria diciendo a los hombres que limiten su procreación, es chocar con obstáculos tan insuperables como los anteriores.

En primer lugar, las naciones se encuentran actualmente en estados de desarrollo diversos; son, como antaño, aunque en grado menor, insolidarias; más que insolidarias: son antagonistas rivales.

Para obtener un resultado práctico, se necesitaría que la propaganda malthusiana hubiese convertido el universo entero. No hemos llegado aún a este punto. El movimiento comienza a generalizarse en Europa y en América; pero no me parece que esté cerca de ganar el Asia. En la misma América — Estados Unidos — las nuevas costumbres no se extienden sino entre los blancos. Los negros son allí más prolíficos que nunca.

Ahora bien, si Francia se despuebla mientras Alemania continúa poblándose, nos invadiría la ola pacífica de alemanes que llenarían los vacíos que nos haga la natalidad francesa. El mal en sí no será muy grande, pues los alemanes valen lo que los franceses. Pero el resultado obtenido por la restricción de la natalidad francesa será nulo. Nuestra población, en lugar de aumentar sobre su mismo terreno, aumentará con una inmigración de elementos extranjeros. Económicamente, nada habrá cambiado.

Se comprenderá que al referirme a Alemania y Francia, me limito a tomar un tipo de comparación. El fenómeno es más extenso de lo que se cree. En realidad, es Asia la que parece que va a poblar Europa y América si en éstas se detiene o mengua el movimiento de la población. Los conflictos entre los Estados Unidos y el Japón, son una prueba de esto.

¿Se procurará protegerse mediante tarifas aduaneras? ¿Se negarán a recibir los inmigrantes? Entonces, es la guerra; el único efecto que se habrá obtenido será substituir la invasión pacífica por la invasión armada. La experiencia restringida de Australia, situada al otro extremo del mundo, no podría generalizarse, y la nación que quisiera cerrar sus fronteras sería finalmente vencida, porque a la larga la victoria pertenece al mayor número. Lo único que se habría ganado, sería agregar los horrores de la guerra a los de la carestía y de las epidemias.

ALFREDO NAQUET

hijos de nuestra naturaleza: la pasión y la razón.

El hombre evolucionado, el idealista, el anarquista, lo es en el grado en que sepa armonizar, en la interioridad de su conciencia, el fuego de la pasión y la voz de la razón, de manera que cuando salgan fuera convertidas en idea o en sentimiento impresione a sus semejantes por el sencillo equilibrio ético en que se hallan cimentadas. Es innegable que la facultad del raciocinio se desarrolla al compás de la cultura. Mal puede razonar el ignorante, el analfabeto, aunque tampoco está descartado que en ciertos cerebros despiertos el llamado «sentido común» haga alardes de claro y mesurado juicio.

El hombre que piensa y obra asomado continuamente al volcán de sus pasiones, el que sólo obedece al mandato de sus instintos primarios suele ser víctima de tremendos fracasos. También ocurre que tras la razón fría, tras el juicio sereno y convincente se ve agazapada la sombra tenebrosa de Loyola. Es una creencia

milenario de cuando la Iglesia poseía el monopolio de la cultura. El pueblo, el vulgo, constituía la presa fácil de esa dialéctica refinada y loquística hecha para asentar los privilegios de una clase, el predominio de una secta. Hoy la razón discursiva es esencialmente libre, y, lo mismo que las gráciles golondrinas, se posa en todos los nidos del entendimiento humano. En los de naturaleza ácrata con más motivo ya que la ética kropotkiniana aspira sobre todo a casar amorosamente a la RAZON Y A LA PASION con la esperanza de que de esa unión salga mañana el hombre libre, capaz de liberar al mundo.

CONRADO LIZCANO

En el artículo «Crear y Crear», de nuestro colaborador Conrado Lizcano, aparecido en el núm. 100, se deslizó un error. Allí donde se lee: cread en vosotros mismos y cread todos los días, debe decir: creer en vosotros mismos y cread todos los días.

Todas nuestras excusas hacia el autor y lectores. — (N.D.L.R.).

Polémica sobre Dios y Patria



I querido amigo Miranda:

Escudado en nuestra antigua amistad, que es la más segura garantía de que podremos llevar lejos, bien lejos, esta discusión, sin salirnos del campo elevado de las divagaciones filosóficas, voy a responder a tu artículo publicado en las columnas de *Cecilia*.

Si tú no fueses el intelectual que eres, y que yo huélgome en reconocer y apreciar, no suscitara ciertamente esta discusión; pero discutir con quien tiene un cerebro capaz de raciocinar y sacar deducciones es siempre agradable, mayormente, cuando adversarios tan sólo en las luchas del pensamiento, somos amigos y la franqueza de una vieja amistad nos obliga a ser más sinceros (si eso fuese posible a hombres que están firmes en sus creencias) en esta polémica escrita que entablamos sobre dos asuntos de la mayor trascendencia filosófica.

Dios y Patria dices tú: *Ni Dios ni Patria*, respondo yo.

Está pues planteada la cuestión de modo a no existir duda alguna sobre las opiniones de los contendientes. Tú, creyente y patriota; yo irreligioso y sin patria.

Dicho esto, abordo el asunto, pidiéndote de antemano, me disculpes, si me ocupo de mi más de lo que debería hacerlo. Así es preciso para que puedas comprender la evolución de mi espíritu hacia la irreligión y la negación de la idea de patria tal como lo conciben los más.

★

Yo fui bautizado según el ritual de la iglesia católica y educado en el temor de Dios. En mi infancia, cuando mi cerebro no era sino el receptáculo de ideas de otros, en él introducidas por los cinco sentidos, yo era creyente, ¡oh! ¡con qué piedad infantil por mañana y noche arrodillado en mi lecho ante un Cristo crucificado o una Virgen, rezaba el padre nuestro y ave-maria; cuán feliz me sentía festejando a San Antonio, San Juan y San Pedro; con qué respeto ayunaba el Viernes Santo; con cuánta alegría, ayudado por mis hermanos construía un pesebre, llegada la Pascua de Navidad, rodeando al niño Jesús con los buyecitos y carneritos de nuestros juegos; cómo asistía, con un respeto que rayaba en admiración al santo sacrificio de la misa!

¡Qué bella era para mí la religión de mis padres! Entonces creía todo lo que se me enseñaba. Creía piamente que Dios creó el mundo en seis días, así como todo lo que en la tierra existe, creía en los milagros de San Antonio y en la virginidad de María antes y después del parto (como puedes suponer, yo ignoraba lo que fuese virginidad y lo que fuese parto) creía en los ángeles, en el diablo, en las almas del otro mundo, en el cielo, en el purgatorio, en el infierno y finalmente en todo lo que oía de mi querida madre, de una vieja y santa tía que contaba cuentos y de dos buenas y caras viejecitas que eran mis abuelas.

De los vagos recuerdos de mi infancia, de esa edad

alegre y risueña que no vuelve más, me acuerdo de estas cosas, de los compañeros de juegos, algunos de los cuales ya volvieron al seno de la Naturaleza, (la gran madre) y de mis diabluras, que se hicieron célebres en la familia.

Ya ves Mario, cómo yo era en mi infancia un creyente fervoroso; sin embargo, la victoria de la razón debía llegar.

En la opinión de los que me conocen desde niño fui una inteligencia precoz. Una sed enorme de saber me devoraba; al mismo tiempo que una independencia altiva me llevaba a discutirlo todo queriendo saber el por qué de todas las cosas.

Había frecuentado seis colegios desde los seis a los ocho años, mas todos ellos ciertamente de esos en que los maestros enseñan a mal leer inculcando en cambio a los alumnos buena dosis de fanatismo religioso. En uno, aún recuerdo todavía, la maestra era considerada por su fervor religioso; en otro me acuerdo que rezábamos por la mañana antes y después del aula, antes del almuerzo y la comida, y por la noche. Lo que la familia empezara los maestros continuaron y nótese que, felizmente, para mi integridad moral y física, nunca estuve en colegio de frailes. Esto no obstante, yo leía cuantos libros encontraba, y a los ocho años sabía leer y escribir correctamente, teniendo ya nociones de aritmética, geografía, francés e inglés; a los diez años ingresé en un colegio protestante y en él perfeccioné mis estudios esbozados. Cuando, por primera vez, oí hablar de la religión católica casi protesté...

Lo que aprendí en este colegio no fué bastante para emanciparme, pero perfeccionándome en el estudio del francés pude leer fácilmente obras que mi padre tenía en su biblioteca. Algunos libros revolucionaron mi espíritu. Los «Opúsculos», de Alexandre Herculano; «Les Jésuites», de Edgard Quines y el «Padre Belchior de Pontes», de Julio Ribeiro, mostráronme toda la hediondez del jesuitismo. Mi inteligencia despertó.

Finalmente, después de haber recorrido algunos colegios más, de igual valía, pues siendo en la actualidad una vergüenza la enseñanza secundaria puede calcularse fácilmente lo que ella sería a diez y ocho años; me matriculé en el curso anexo a la Facultad de Derecho, donde las lecciones de filosofía de mi inolvidable maestro, doctor Troncoso, debían producir un efecto saludable en mi espíritu.

Desde los quince años, más o menos, procuré estudiar la religión de mis padres, comparándola con las otras. Habiendo leído, habiendo estudiado alguna cosa y guiado tan solamente por la razón, llegué, como sabes, Mario, a la negación de la idea religiosa.

Como tú, (por lo que revelas en tu artículo de *Cecilia*) en los primeros tiempos de la lucha íntima que se trabó en mí, entre la razón que procuraba libertarme de los preconceptos, y la fe en que me habían educado mis

padres y mis maestros, yo detestaba los falsos ministros de una religión que juzgaba pura y de un Dios en cuya existencia ecreditaba aún.

Los «Opúsculos» y «Les Jesuites» eran libros de dos creyentes en Dios, que no creían en sus ministros; el libro de Julio Ribeiro era de aquéllos tres primeros que había leído, el único que debía conducirme al libre pensamiento.

La lucha íntima que se desencadenó en mí debía recibir dentro de poco un alimento poderoso, un camino que condujese a la verdad.

El doctor Troncoso, en sus lecciones, aunque obligado a enseñar la filosofía espiritualista, porque siendo oficial la religión católica, se le obligaba a ello, indicaba a sus alumnos la lectura de ciertos libros. Yo, como la casi totalidad de los jóvenes que frecuentaban el curso anexo, no tenía siquiera nociones de las ciencias físicas y naturales, sin embargo, las obras de Ba'n, Buchner, Zaborowski, Ferrieré, Huxley y otras, y sobre todo «L'homme selon la science», del sabio maestro de Heidelberg, y cuya traducción portuguesa recomendaba a todos, me hicieron comprender la tontería de la creación bíblica e insulsas historias que llenaban mi cerebro.

Sólo entonces fué cuando me rebelé abiertamente contra las bestialidades que me habían enseñado y mandé a paseo las ortigas, las figuras de palo, las litografías y cromos-litografías, los divinos, las misas, los curas y qué sé yo qué más.

Estudié, perdí noches enteras leyendo libros que mal podía comprender debido a la falta de preparación de ciencias físicas y naturales. Después estudié éstas: vi entonces las verdades positivas en la Física, en la Química, en la Geología, en la Biología; en fin, y después de esa lucha en que mi espíritu se empeñara durante más de diez años, la razón salió victoriosa.

Con Lyell, aprendí cómo se formaron los mundos; con Lamarck, Darwin, Haeckel, Büchner, Buxley, Huxley y tantos otros, cómo evolucionaron las especies desde el protoplasma hasta el hombre.

Era cuanto me bastaba para no creer más en Dios, puesto que todas las teogonías me lo presentaban como creador. Indudablemente, un creador que no creó nada es de un cómico irresistible.

LA CIENCIA LO DEMUESTRA

Por los métodos experimentales de que ella se sirve, la ciencia demuestra cómo se formó la idea de Dios. La filosofía, apoyándose en la ciencia evolucionista, destruyó para siempre el irresponsable supremo, mostrando que Dios no es sino una creación grosera del hombre que lo hizo a su imagen y semejanza hasta con sus vicios y sus defectos y sus pasiones más bajas, como la de la venganza.

Así, mi caro Miranda, me emancipé completamente del preconcepto religioso, yo, que en lo más ardiente de la lucha, trabada consigo mismo entre la razón y la fe, estuve casi expuesto a zozobrar un momento (como parece haber zozobrado tú) agarrándome al deísmo como último refugio de la fe.

De la religión que me enseñaron sólo quedó lo que era humanamente grande; sólo quedó Cristo, porque, mito o realidad histórica, Cristo vive, Cristo es hombre, no precisamente el pálido Cristo del concilio de Nicea, mixto de ignorancia y de cobardía, sino el filósofo revolucionario de Galilea; no ese Cristo que los curas exponen en las iglesias para extraer con la exposición de su cuer-

po algunos centavos a los incautos, sino el vehemente tribuno que en Jerusalén expulsaba a latigazos a los vendedores, del templo, no al Cristo que sirve de manto a todas las explotaciones y de vaina al puñal de los jesuitas, sino el que reivindicaba los derechos del pueblo; no el Cristo de plata u oro que sirve de ornamento en los cuartos de los ladrones fastuosos, sino el Cristo que predicaba la igualdad y el comunismo diciendo «Amáos los unos a los otros»; no el Cristo del *catolicismo*, de los papas, de los frailes, de los jesuitas, de los ricos y de los opresores, sino el Cristo del *cristianismo* defensor de los oprimidos, de las víctimas de la ganancia humana.

De mi religión sólo queda ese Cristo que murió en la cruz en Jerusalén, que fué quemado vivo con Etienne Dolel y Giordano Bruno; que forzado por la *Santa Inquisición* abjuró con Galileo, que fué torturado con el Chevalier de la Barre; que fué ahorcado con Tiradentes, guillotinado con Babeuf, fusilado en las barricadas de París con Bandin y Delescluse, ahorcado con Parsons, Engel y Spies, y finalmente, agarrado con Angiolillo, y esto siempre en nombre de los principios que él predicara.

El que murió en la cruz por la Verdad, por la Libertad, por la Fraternidad, por la Igualdad, por la Humanidad, todavía sufre martirios en los verdaderos continuadores de su obra, que son victimados por los fariseos y escribas de todos los tiempos.

Si Cristo pudiese salir del túmulo donde lo escondió la piedad de la Magdalena y José de Arimatea, para que la leyenda empezase aureolada por la resurrección, se admiraría de aquéllos que se dicen sus ministros y de los respectivos rebaños, e intentaría nuevamente darles de latigazos para que no mintiesen más al pueblo sufriente y oprimido. Nuevo suplicio le aguardaría entonces, porque el papa y los curas lo harían asegurar por el primer comisario neurótico que encontrasen y pedirían que su cabeza rodase bajo la cuchilla de la guillotina.

Sabes ahora, amigo Miranda, lo que me quedó de la religión de mis padres. Fué la mejor; esto es, el ejemplo del filósofo que ha veinte siglos murió en la Galilea por predicar la verdad, la fraternidad y el amor entre los hombres.

¿Qué diferencia entre el Cristo que andaba descalzo, así como sus discípulos, que se cubría únicamente con una túnica y aquéllos que llamándose sus continuadores se cubren con sedas y mantos recamados de oro y pedrerías!

¿Qué diferencia entre Cristo que no tenía un techo y su supuesto vicario en la tierra, que tiene un palacio con once mil habitaciones!

¿Qué diferencia entre Cristo, que despreciaba las riquezas y decía que no podía ser su discípulo quien no se despojase de su fortuna, y los curas que descuentan títulos al juro de 4 y 5 por 100 al mes, que exigen cantidades enormes por realizar un bautizo o un casamiento, que inventaron santos prepucios, sagradas visceras, e insulsos cuentos del tío Quico para extraer dinero a la canchiz popular!

Tú, de la religión que te enseñaron de pequeño, en la lucha trabada entre la razón y la fe saliste vencido aceptando a Dios; cayendo en el deísmo, que es el supremo refugio de la fe.

Pero, ¿qué Dios aceptas? ¿Aceptas acaso el grosero Dios de odio y de venganza, el Dios de las religiones, amalgama de maldad e ignorancia, vengativo, cruel? ¿Aceptas ese Dios que amenaza a la Humanidad con pe-

MICROCULTURA

83. — Ramsés II o Sesostri fué «el hombre más rico del mundo». Se ha calculado que su fortuna alcanzó a diez mil millones de dólares.

84. — A Corea solía llamársele la «nación ermitaña».

85. — El oso hormiguero es el animal que tiene el cerebro más pequeño del mundo.

86. — Un pez puede conservarse vivo fuera del agua humedeciéndole las agallas, pues de otro modo éstas se cerrarían y el oxígeno no llegaría a la sangre.

87. — Mociutlxochitl se llamaba el «dios» azteca de los juegos y de las flores.

88. — En 1929 se fundó el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

89. — La derrota «de Anual» fué la que sufrieron los militares españoles a manos de los rifeños en 1921.

90. — Jerosolimitanos se llaman los habitantes de Jerusalén.

91. — Un «fariseo» entre los judíos, era el miembro de una secta que afectaba un rigor y una austeridad puramente exteriores.

92. — Los hebreos usaban la palabra «Shiboleth» como contraseña, porque la combinación «sh» era muy difícil de pronunciar para los extranjeros.

93. — Los signos ... — ... significan S. O. S. en el código Morse, señal usada para pedir auxilio.

94. — El postre es el plato con que empiezan la comida los chinos.

95. — La Baja California pertenece a México.

nas eternas, que prohíbe cosas naturales y permite cosas monstruosas, como el asesinato en masa de los hugonotes y las hogueras de la inquisición, éstas levantas y aquél llevado a efecto para mayor gloria de Dios?

Explicate, querido Mario, porque yo te considero bueno y no puedo concebir que creas en un Dios tan salvaje y cruel.

De la lucha que entablé entre la fe y la razón salí vencedor porque sólo acepté a Cristo, esto es, el filósofo revolucionario que murió en la Cruz por haber combatido a los ricos y opresores, por ser amigo de los débiles y de los humildes, por ser, en resumen, *hombre*, como nosotros y servirnos de ejemplo de sentimientos generosos y grandes, de abnegación sin límites. Yo acepté el Cristo que inspiró a San Basilio a exclamar: «El rico es un ladrón»; que inspiró a San Gerónimo a protestar con vehemencia contra la dilapidación que hacen los ricos del bienestar de los pobres, gritando: «En buena justicia todo debería pertenecer a todos; fué la iniquidad, la que hizo la propiedad privada».

Amigo mío, ya va larga ésta, y cúpleme todavía tratar de la idea de patria, pero antes de concluir diré algunas palabras más.

No seré yo el insensato que diga no existir ninguna cosa más poderosa que el hombre. ¡Ah, querido, son las leyes imprescriptibles de la naturaleza! Hay no obstante, alguna cosa más poderosa que Dios, que el Dios de todas las religiones: es el hombre.

97. — Un «histrión» era el que se presentaba disfrazado en la tragedia o la comedia antigua.

97. — José Ingenieros fué un profesor y crítico argentino, autor de «El Hombre Mediocre» (1877-1925).

98. — La universidad famosa de Upsala se encuentra en Suecia.

99. — «La Borriqña» se llama el himno nacional de Puerto Rico.

100. — Los Grandes Lagos es el grupo compuesto por los lagos Erie, Ontario, Superior, Hurón y Michigan, los más grandes de América del Norte.

101. — El desierto de Atacama está en Chile.

102. — Rhode Island es el Estado más pequeño de los Estados Unidos de Norte América.

103. — Suele llamarse «porteños» a los habitantes de Buenos Aires.

104. — La expresión «en jarras» significa con los brazos encorvados y las manos en la cintura.

105. — La gran ciudad de Johannesburgo está en África del Sur.

106. — «Cu» es el símbolo del cobre.

107. — Un manatí es un mamífero marino, que vive cerca de las costas orientales de América.

108. — Hibernia llamaron los romanos a Irlanda.

109. — Un «camoncillo» es un taburetillo de estrado.

110. — Una holutoria es un molusco de mar, usado como comestible en China.

111. — Una «laparotomía» es una operación en que se abre el vientre.

112. — Una masada, es una casa de campo o labor, un cortijo.

113. — Caos, es el más antiguo de los «dioses» imaginativos. Padre de Erebro y de la Noche.

114. — Una «mohatra» es un contrato fraudulento.

115. — Jaime Capdevila fué un actor catalán que desarrolló por su inagotable vis cómica y el acierto con que encarnaba a los personajes (1853-1911).

116. — Una «cárraba» es cierta embarcación grande usada en Levante.

117. — La palabra «nutación» significa oscilación del eje de la tierra, causada por la atracción de la luna.

118. — Un Carey es una tortuga de mar, como de un metro de longitud, y de extremidades anteriores más largas que las posteriores.

119. — Una pletina es una barra de hierro muy aplastada.

120. — La famosa elegía «A las ruinas de Itálica» fué escrita por Rodrigo Caro, poeta y arqueólogo del siglo XVII (1573-1647).

121. — Un «plébano» es en algunas partes un cura o un párroco.

122. — Se llaman purgantes «colagogos» a los que se emplean especialmente contra la acumulación de bilis.

123. — Enología es el conjunto de conocimientos relativos a la elaboración de los vinos.

124. — Victoria Eugenia de Borbón y Battemberg se llamó «la última reina de España».

125. — En 1935 el barco francés Normandie (el más grande que ha tenido Francia) atravesó el Atlántico norte en 4 días, 3 horas y 2 minutos.

126. — A la tribu de Judá (que era judía) dice la Biblia que perteneció Jesucristo.

POETAS DE AYER Y DE HOY

Sonetos

AMBIENTE DE ALTURA

Aman el vino. Los amantes de ello,
después de un día de trabajo duro,
piensan en beber vino, sin apuro,
porque esperan tener mejor resuello.

Las mujeres se cortan el cabello,
y muchas de ellas, un lugar obscuro
buscan, a donde, con andar seguro,
el hombre llega, estirando el cuello.

Los otros hombres que en el vicio viven,
que a los obreros de holgazanes tratan;
los que sin trabajar, sueldos reciben,

los que al rebelde que protesta matan ,
los ensalzan en diarios los que escriben,
mientras que a los honrados los maltratan.

PRINCIPE DEL CRIMEN

Aquellos que lucharon en España
con ayuda de moros y germanos,
un gobierno que llaman de cristianos
formaron, empleando feroz saña.

Un traidor desleal es el que daña
a su propio país y a sus hermanos;
un infiel, que sirviendo a los tiranos,
es tirano también y al pueblo engaña.

Este, animal odioso, es descendiente
de las tribus judías, perseguidas.
En el nombre de Cristo es delincuente

Es un jefe cruel, ruín y tacaño
que goza mucho arrebatando vidas
y su felicidad es hacer daño.

Construyó un cementerio en la roca
para los esqueletos sepultados;
los desea llevar de todos lados,
y el meterlos allí es su ansia loca.

A las madres que sufren las convoca
en amplias reuniones de letrados,
que dicen: «Del gran Dios son perdonados
los que allí algún cura los convoca».

El pretende tenerlos todos juntos.
Al final de su vida, arrepentido,
pretende socorrer a los difuntos.

Este, llamado Paco, del mal hecho,
se encuentra actualmente arrepentido,
y mientras reza; se golpea el pecho.

Solano PALACIO

Marzo de 1959.

POR FIN

la colección de los ocho primeros años de «CENIT»,
¡Una verdadera enciclopedia ecléctica!

Solicitado insistentemente por algunos lectores, nos hemos decidido a encuadernar la colección de la revista tal como el gráfico que reproducimos :



Textos variados y selectos de sociología, ciencia, literatura. La enciclopedia que no debería faltar en ninguna sala de estudio. Una obra que, por ser de exilados, y en el periodo de dificultades en que ha visto la luz, reviste mayor importancia. Ella sola marca ya un jalón interesante de los muchos del exilio español y revolucionario.

Cuatro magníficos tomos encuadernados en cartón y tela-registro, color verde oliva, grabados en oro.

Precio de un tomo	3 000	francos
— dos tomos	5 500	—
— tres tomos	8 000	—
Los cuatro tomos	10 000	—

Descuento de 15 %. Franco de porte.

Pedidos a nuestro Servicio de Librería.